

Un capricho del corazón

2

Kate Ross

DOLCE
BOOKS

UN CAPRICHIO DEL CORAZÓN

2

Kate Ross

Título: Un capricho del corazón 2

©Kate Ross

©Dolce Books

Diseño: MunyxDesign

Primera edición: Junio, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



ÍNDICE

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

Epilogo



Prólogo

Mi cabello ya no es oscuro. Ha pasado a ser, un rubio clarísimo que resalta el tono verde avellanado de mis ojos sin maquillar. Si hubiera sabido que luciría así con tinte, me lo habría teñido hace años. Se ve bastante bien. Tengo la facultad de poder decir que es lo único bueno que he sacado de todo esto. Tomo lo que necesito del estante de la farmacia y me dirijo al mostrador para pagar. Salgo del local, apenas me entregan la factura. Estoy utilizando un conjunto Adidas gris y una gorra negra, mi melena enrollada en un moño. Ya no uso vestidos o faldas, ni estampados, tampoco zapatos de tacón o plataformas, porque no quiero llamar la atención lo más mínimo.

En vista de los últimos acontecimientos, de la confusión envuelta alrededor de Liam y Dean, he tenido que adoptar medidas drásticas para garantizar mi seguridad. Tuve que abandonar mi cómodo apartamento en Notting Hill, del que tanto estaba orgullosa y en el que me sentía tan cómoda, para residenciarme en una zona menos accesible de la ciudad porque Dean, poseía mi dirección, gastando gran parte de mis ahorros, como es Knightsbridge, un barrio bastante lujoso y seguro de Londres.

Cuando llego allí, me desplomo contra el suelo, como siempre que la emoción de poder salir un momento de casa se termina. Sollozo con cansancio mientras seco las lágrimas de mi rostro.

Cualquiera que pudiera mirarme en este momento, se reiría de mí. Seguramente pensaría que estoy exagerando. Seguramente creería que mi situación es solo parte de un juego de niños. Que no debo precipitarme. Que tanto Dean, como Liam, serían incapaces de dañarme, utilizarme o manipularme.

Pero, seguramente, estarían tan equivocados como yo lo estuve.



Todo empezó con una carta en mi buzón.

Bueno, en realidad lo hizo con los Jones, mudándose a la casa de al lado, pero en la actualidad empeoró con ese trozo de papel encajado en mi casillero para el correo en mi antiguo departamento. Hacía alrededor de una semana que regresé del Caribe. Seguía tocada y trastornada con el juego entre Liam y Dean, por lo que esto fue el golpe que me derrumbó. Cuando lo tomé junto a un puñado de otros sobres, todos ellos facturas, lo menos que esperaba era encontrar una citación del juzgado. Tampoco un folleto sobre el programa de protección a testigos que ofrece la, Unidad de Investigación del Departamento de Policía de Londres.

Ni recibir llamadas y mensajes de Dean, Liam, o quién fuera de los dos, día y noche. Ni tener que sobornar a mi anterior vigilante para que le prestara más atención a mi puerta y coche que al de los demás, ni hacer una lista de culpables con sus dos nombres en el caso de que me sucediera algo.

No esperé ninguna maldita cosa.

Ni en un millón de años habría podido imaginar que cuando mamá me envió a pedir una taza con azúcar al vecino, estaría de frente al terror de mi vida, no al amor de mi vida.

—Estás aquí para protegerte de los gemelos locos— Margaret cierra la puerta de mi refrigerador con un portazo. Luce hermosa, como siempre, en uno de sus atuendos ejecutivos de diseño. Es gerente de un banco y el tipo de chica que no se apega demasiado a las personas, pero su mirada preocupada, al igual que la forma en la que me ayudó a salir de mi antigua casa en mitad de la noche o me llama preguntándome si estoy bien, dice que lo está pasando mal por mí

— Pero, ¿quién te cuidará de la desnutrición?

—Tengo suficiente comida para un mes — murmuro.

Se apoya en el mesón de la cocina.

—Yo en tu lugar, me pondría lo más humanamente fuerte que fuera posible en caso de que...— se estremece —Ya sabes quiénes aparezcan.

Bufo.

—Dudo que cualquier movimiento que pueda hacer sea de ayuda. Incluso si hubiera entrenado un arte marcial toda mi vida, no creo que hubiese tenido una posibilidad contra cualquiera de ellos en absoluto— los músculos que un día me atrajeron, hoy en día me aterraban como el infierno.

—Cualquiera de los dos solo necesitaría soplar en mi dirección para acabar conmigo — me estremezco con evidente miedo. Terror, mejor dicho.

—Tenías que haber visto a Dean... Liam, como sea, es gigante — le doy un mordisco a una de las dos manzanas que sacó para nosotras.

—Y a Liam, — digo, —Dean, ya lo conoces.

Sus labios se tuercen.

—Desde el principio supe que algo iba mal con él.

Una sonrisa tensa tira de mis labios.

—Eso es lo que se supone que deben decir todas las amigas solteras. No eras veraz. No me puedes culpar por no hacerte caso. Si no lo hubieras odiado tanto..., y a su favor, loco o no, dañaste la tapicería de su auto a propósito.

Agita su manicura francesa en el aire.

— ¿Tenía razón o no?

Las comisuras de mis labios se tuercen.

—La tenías.

Margaret, al oír el tono triste, amargado y asustado de mi voz, deja caer su fruta y le da la vuelta al mesón para abrazarme. Me estrecha fuertemente. Me dejo hacer en medio de una lucha por retener las lágrimas. Ni siquiera he querido comunicarme con mi familia, sé lo qué pensarían. Sé que papá, a pesar de no ser del tipo peleón, sería el primero en venir a protegerme. Mamá, aunque no suele rebajarse a lo banal, vendría a defenderme con uñas y dientes. Los necesito tanto...

Sé que solo los pondría en peligro, pero sería bueno tenerlos. Soy egoísta, pero no tanto, y por más que los quiera aquí conmigo en este momento, no soy capaz de involucrarlos. Margaret, es lo más parecido a una familia que tengo cerca, agradezco mucho que esté aquí, a pesar de la situación en la que eso la pone. Definitivamente, esto marca un antes y un después, en nuestra amistad. No sé qué haría sin ella. Otra cosa mala, es que tampoco puedo salir del país y huir a Ibiza por mi papel en la investigación, de lo contrario, ya estaría en

China.

Eso es lo que sucede, cuando terminas siendo posible testigo de un cruel asesinato ocurrido hace años, qué es de lo que acusan a ambos. Y no simplemente se trata de cualquier víctima. Esto va, del asesinato de sus padres.

Al parecer, no todo fue tan *accidental*.

—No tenías manera de saber que esto terminaría así.

Sumerjo mi rostro en su hombro.

—No dejo de sentirme estúpida por permitir que uno de ellos, entrara en mi vida de nuevo— sorbí mi nariz.

—Son como la plaga, Margaret. Siempre están allí. Lo peor es que nunca sabré con quién estuve.

Nos sentamos en los bancos de la cocina.

— ¿No has pensado en ello?

— ¿En qué?

—O sea, ¿no has tratado de descifrar quiénes de los dos era quién, en ese determinado momento de tu vida? Debe haber alguna cosa, Elizabeth, por más mínima que sea. Piensa...

Niego.

—No creo que sea posible. Solía pensar que sí, que era capaz de diferenciarlos porque eran tan diferentes en su trato conmigo— hago una mueca — Ahora pienso que la única capaz de hacerlo, a medias, era su madre. Aún habiéndolos traído al mundo, recuerdo que solían jugar con la mente de todos en algunas comidas haciéndose pasar por el otro o asumiendo culpas.

— ¿Se parecen tanto?

—Imagina a Liam...— Tomo aire. Margaret, asiente comprensiva, sabiendo que soy un desastre cambiándole los nombres —con otra personalidad. Más encantador. Halagador. Coqueto. Así es él. Actualmente, son un poco más diferentes físicamente pero antes, era imposible. Misma textura. Mismo peinado.

Su ceño se frunce.

— ¿Liam, no es una bola de mierda friki cómo su hermano?

Niego.

No es que *Dean* lo sea, pero de nuevo a Margaret, nunca le gustó y él tenía una obsesión con pasar algunas horas en el ordenador o con consolas de videojuegos. Cada vez que me visitaba, Dean estaba frente a una pantalla.

—Es un príncipe encantador.

— ¿Del tipo que fue capitán del equipo en la escuela?

—No— río —, ese fue Dean.

Alza las cejas.

—Estamos hablando del equipo de ajedrez, ¿no?

—Lacrosse.

— ¡Demonios! — Se acerca a mi despensa. Saca una botella de vino. Toma dos copas, las trae y nos sirve—

—Creo que estoy preparada para oír la versión completa, Elizabeth. Ya tus resúmenes no son suficientes. Quiero saber todo desde el inicio — sostiene su cabeza— esto está empezando a doler.

Gimo.

—Es una historia larga.

Se encoje de hombros.

—Tengo el resto del día libre.

Margaret y yo, pasamos dos horas sentadas sobre la alfombra de la sala, enfrascadas en mi historia con los Jones. Hace las preguntas justas, como los rasgos que los diferenciaban o quién me llamó la atención primero, entre otras. Intento responder todas, pero algunas como, en qué momento estuve con cuál, son imposibles de contestar porque ahora ni yo misma sé la respuesta. Le digo cómo debió ser. Se supone que años atrás fue Dean quién me sostuvo. Dean quién se convirtió en mi primer amor. Dean quién me dejó con el corazón roto, dándole a su hermano la oportunidad de reconstruirlo solo para hacerlo polvo después. Pero si Dean no fue el que se marchó, sino Liam, entonces, supongo que siempre estuve con él.

O que nunca me enamoré de él en primer lugar.

Recuerdos, como la forma en la que a veces se reían en la mesa de sus padres, haciéndose pasar el uno por el otro, me hacían sonreír. Ahora, solo me estremezco pensando que pude haber formado parte de un retorcido juego. También recuerdo las palabras de Paolo, su expresión llena de lástima, mientras insinuó que estaba en medio de algo en lo que solo era una ficha más en el tablero. Que siempre lo estuve.

Una vez Margaret se va, luego de mil intentos de distraerme contándome acerca del sexy supervisor que le enviaron y de la atracción que dice que hay entre ambos, ejecuto mi rutina de todos los días y me aseguro de cerrar cada acceso que pueda haber a la casa con candado. Cada ventana. Cada puerta. Incluso los ductos de ventilación tienen doble protección. Solo así, después de tomar una pastilla para alcanzar el sueño y unos calmantes, consigo dormir.

Sueño con ellos.

No tengo manera de diferenciarlos. En mi mente, lucen como dos réplicas exactas.

Uno de ellos, el que está frente a mí, extiende la mano intentando alcanzarme. Me echo para atrás. Con eso solo consigo que mi espalda choque contra el pecho del otro. Grito. Me agito. No puedo despertar. La oscuridad me consume. No tengo fuerzas para luchar, así que me sumo en ella. Me hago bola en uno de sus rincones y lloro. Las lágrimas queman como cera de vela contra mis mejillas. Sé que es una pesadilla, pero también sé que cuando abra los ojos no me sentiré mejor a pesar de la luz. Las personas. La protección del mundo real.

Ellos siempre están allí.

Me despierto a las nueve. No tengo ningún tipo de despertador porque sigo de vacaciones en el trabajo. Mi cuerpo, está completamente empapado al igual que todas las mañanas, producto de las pesadillas de las que soy víctima desde que recibí la carta. No es la primera vez. Mis mejillas se sonrojan. También he estado teniendo sueños adultos con ambos, como que me dejan mojada de una manera completamente diferente, pero ellos son iguales o más tenebrosos que las pesadillas.

No debería disfrutarlos.

El problema es que solo he estado con ellos, me digo a mí misma para tranquilizar mi conciencia mientras me desplazo hacia la cocina.

No tengo a nadie más en la cabeza.

Pero no soy tan idiota como para arrastrar a alguien más a esto. Además de que probablemente, saldría huyendo una vez viera la diana sobre mi cabeza. Hasta donde sé, soy la presa de dos retorcidos hombres.

Tras desayunar panqueques, que hago de la mezcla que Margaret trajo junto con otras provisiones, al bajar a la tienda por mí ayer. No me di cuenta de la razón que tenía al criticar el contenido de mi refrigerador, hasta que vi el montón de bolsas apiladas en la mesa. Estaba muriéndome aquí. No quería salir a menos que fuera estrictamente necesario, sin embargo, como me aconsejó el Sargento Jackson, siempre hay un par de oficiales siguiéndome o vigilando mi puerta desde lejos, pero también hay huecos o momentos de descuido. Instantes en los que una situación es más importante, que cuidar a una mujer de su triangulo amoroso y mi única protección es el espray de pimienta que adquirí en la farmacia.

Es él, a quién llamo una vez termino de comer.

—Buenos días — su secretaria, Bridge, contesta el teléfono.

—Hola — aclaro mi voz ronca por el poco uso—

—Soy Elizabeth, testigo en el caso de los gemelos Jones, llamo para...

—Un momento señorita, la comunicaré con el sargento.

—Uhm, bien, gracias.

La música de fondo que pone me hace gruñir. Estoy a punto de estrellar mi cabeza contra la pared cuando el sonido de su voz detiene mis pensamientos ansiosos.

—Elizabeth — tose — ¿Qué sucede? ¿Has recordado algo?

—Todavía nada — gimo. Por más que lo intente estoy en blanco. Nunca los vi cometiendo o queriendo cometer un acto atroz, por lo que, por otro lado, solo puede usarme para que testifique, cómo aman jugar con las personas. Ni siquiera recuerdo qué hacía ese día.

— No llamo por eso.

— ¿Entonces, por qué?

—Estoy cansada de esconderme, de sentir miedo. De no poder salir a la calle, porque no confío en nadie a mí alrededor, ¡demonios!, ni siquiera me siento segura en mi propia casa. Esto está destrozándome.

Sé que sueño como una cobarde, pero no puedo más con ello.

— ¿No hay manera de acelerar el proceso o salirme de todo esto? Quizás si me desligo del procedimiento me dejarán paz.

Hay una significativa pausa.

—Podría ser...

Gimo. *¿Podría ser?* Esa no es la respuesta que quiero.

— ¿Pero?

—Estos chicos encontraron la forma de meterte en sus vidas de nuevo. Cada vez que intentas separarte solo te halan más cerca. Recuerda que tus recientes vacaciones realmente no fueron escogidas por ti. Hay todo un complot tras esto. Además, podrías ser la pista que resolvería un crimen de años. Ahora que saben que no fue un accidente, familiares y amigos no estarán bien hasta que se descubra quién fue. Puedes ser quién les de esa paz, Ellie— dice con voz plana.

— ¿Realmente crees que renunciar a testificar en su contra te libraré de ellos? Debes pensarlo bien. Si renuncias, estarás renunciando a la vigilancia que te hemos proporcionado.

—Yo... no estoy segura.

Suspira.

—Eso pensé...

Realmente no sé qué hacer. Siento que me estoy ahogando aquí encerrada. Los veo en todas partes. No importa a donde vaya, los nervios me agobian. No dejaban de llamar desde diferentes números. Esa fue la razón por la que quemé mi teléfono y ahora tengo otro. A veces hasta pienso que lo oí tocar mi puerta a pesar de los dos oficiales. Me abrazo a mí misma. Los siento en todas partes.

—Lo único que puedo hacer por ti, es asignarte un oficial.

— ¿Otro?

—No como los que tienes. Alguien, que realmente cuide de ti. Que esté veinticuatro horas contigo. Que no se separe hasta que sepamos ubicar a los chicos— cuando fueron a buscarlos para más interrogatorios, Dean ya no vivía en su departamento ni trabajaba en el bufete. Liam tampoco estaba en la isla. El resort, recientemente había pasado a manos de Charles. Sé, en el fondo, que no es un traspaso definitivo. Él, confía en el capitán del barco. Tengo el presentimiento de que se lo cedió solo para mantenerlo seguro mientras consigue la forma de salir de esto.

—Un guardaespaldas. Eso te permitiría salir. Respirar. Lo único malo es que tendrías que darle todo el acceso posible a tu vida privada.

Ni siquiera lo medito.

—Acepto.

—Bien— su voz suena aliviada —. Alguien llegará mañana. Sigue en cuarentena hasta entonces. Encontraré el mejor de todos para ti.

—De verdad, te lo agradezco mucho.

—No hay de qué.

Cuando cuelga tomo una honda bocanada de aire. Es la primera que he tomado en días y realmente, se siente como respirar.



Aunque la mitad de mí, sigue consciente y alerta, no estoy teniendo un mal sueño esta noche. Inhalo despacio. Me doy la vuelta. El aire de la ventana, la única que permanece abierta en toda la casa, entra e inunda la habitación. Mis pezones se fruncen. Jadeo. Luego, al sentir cómo cubren mi boca, grito. Abro abruptamente los ojos. Su mano ahoga cualquier sonido que pueda hacer. Cualquier medio que tengo de pedir ayuda.

—No grites, Ellie — susurra— por favor...

Obtiene gruñidos como única respuesta.

—Sé que debes estar asustada — dice. Cierro los ojos para no dejarme llevar por su mirada, nada psicópata. Ya no tengo fe en mí misma. Sé que podría engañarme otra vez —confundida, malditamente aterrada— esconde su rostro en el arco de mi cuello. Su respiración consigue que me estremezca.

—Estoy aquí para hacerte entender que no debes temerme. Nunca te haría daño— me retuerzo. De alguna forma consigo patear su miembro viril y lanzarlo a él, a un lado. Corro, pero no soy tan rápida y consigue acorralarme contra la puerta. Lucho.

— ¡Ellie, para!

— ¿Quién eres?! —Grito— ¿Cuál de los dos?!

Su expresión se vuelve dolida.

— ¿Cómo, es qué no puedes diferenciarme? Hace tan solo unas semanas...— sacude su cabeza.

—No te culpo. Estás pasando por demasiado estrés. No ves con claridad.

— ¿Quién eres? — repito entre sollozos.

—Liam.

No debería, pero el bombeo acelerado de mi corazón, se tranquiliza un poco. Supongo que le teme más a Dean por todo el cuadro de abuso que sufrí mientras estaba con él pensando que era el otro gemelo. El bronceado de Liam, el que dice serlo, me confirma que fue él, con quién estuve en la isla por un par de días antes de descubrir la verdad. La última vez que lo vi, Dean era pálido rozando lo enfermizo.

—Te está buscando la policía.

Afirma.

—Dean ha hecho un gran trabajo involucrándome. Apenas se enteró que habías terminado en el resort...— niega —Terminó de perder el último cable —su expresión se vuelve cansada, decepcionada —. Se suponía que te mantendría segura, Ellie, lo siento. Solo conseguí involucrarte más.

Su voz, esa voz, logra lo imposible y consigue calmarme. No puedo evitar recordar lo bien y segura que me sentí en sus brazos.

Liam, parece entenderlo. Sus ojos azules verdosos brillan con satisfacción mientras me guía a la cama. Me dejo hacer hasta que estamos sentados uno frente al otro. En otra ocasión mi primera opción sería luchar, pero mi spray se quedó en la cocina, aún no he llegado al punto de dormir con un cuchillo y

mi supuesto guardaespaldas llega mañana.

Junto a su gran cuerpo de atleta tengo todas las de perder.

Es estúpido, pero prefiero intentar razonar con él.

— ¿Por qué cambiaron identidades?

Su expresión se endurece.

—Después del accidente de nuestros padres, la policía empezó a acosarnos. Todo el mundo, murmuraba que no podía haber sido una casualidad y los chismes en torno a Dean, no ayudaron. Seguían pensando que asesinaba animales. No lo soporté. Después de haberlos perdido, lo único que quería era abandonar ese maldito pueblo y empezar de nuevo, desde cero — cierra los ojos por un largo momento. Cuando los abre su mirada está en carne viva —. Dean, creó un plan para ayudarnos mutuamente. Era el único de los dos que no tenía una coartada para el momento del asesinato de nuestros padres. En ese momento no lo entendí, pero ahora...

— ¿Por qué no solo te fuiste siendo tú mismo?

—Quería entrar en una buena universidad. Usé sus datos. Sus calificaciones. Sus mejillas se sonrojan.

—Nunca, fui tan bueno como Dean, Ellie. ¡Dios!, creo que nadie lo es. El tipo, es un bastardo inteligente. De lo contrario no nos tendría en esta posición.

Sus manos se aprietan en puños.

—Siempre era el que conseguía las cosas. La beca, la chica, el papel como capitán del equipo. Yo, solo tenía los amigos que al final del día no lo fueron realmente, porque compraba la puta cerveza.

—Liam...

—Sí, Ellie, también me sentí bien creyendo que tomaba ventaja de la situación quitándole a mi hermano la vida que siempre quiso — su tono es irónico —. Lo que no sabía en ese momento, era que él, me la estaba quitando a mí. Extiende su mano. Acaricia mi mejilla. Me encojo. El flechazo de dolor vuelve a sus ojos.

— Nunca debí dejarte.

El aire abandona mis pulmones.

— ¿También fui parte del trato?— susurro.

Asiente.

—No explícitamente, pero, sí. Renunciar a ti, era el precio.

—Nunca creí que te gustara.

—Ni yo que te podría gustar — ríe —. Solo lo veías a él, Elizabeth. Yo te observaba a ti cada puto día, pero siempre te descubría mirándolo a él. No a mí.

—Tenías un montón de chicas para ti.

—Te quería a ti.

La sinceridad en esas cuatro palabras hace que mi corazón se arrugue. Una de las razones por la que parte de mí piensa que él no miente, es porque ahora sé más que nadie en la clase de monstruo en la que se ha convertido Dean. Fui su conejillo de indias por mucho tiempo. Llegó un momento en el que no pudo actuar más y ni siquiera yo estuve a salvo de sus malos tratos. Eso no es algo que pueda simplemente no reconocer. Quizás me tome segundos o minutos, como ahora, pero sé cómo luce la oscuridad.

La conozco demasiado bien...

— ¿Por qué nunca diste un paso en mi dirección?

—Lo hice — admite, el rubor de nuevo en sus mejillas.

— ¿Cuándo?

—Yo...— suspira —, fui quién golpeó a tu maldito ex novio ese día — sus dedos alcanzan mi mano. Esta vez no me aparto. Traza circulitos sobre ella.

—Dije que era Dean porque, aunque sea solo por un maldito momento, quería que tus lindos ojos me vieran como lo veías a él.

—Pero dejaste que me enamorara de él — lo acuso.

—Fue un error del que siempre me arrepentiré.

— ¿Y luego? ¿Por qué no intentaste acercarte?

—Es mi hermano — sus hombros se tensan —, no quería iniciar un conflicto por una chica que abiertamente, babeaba por él. Dean, me lo recordaba a cada jodido instante.

— ¿En qué sentido? — pregunto.

—Me hablaba de ti. Me decía lo mucho que querías que te follara. Lo caliente que era tu boca. Cómo gemías su nombre cuando metía sus asquerosas manos en tu falda... — tiembla de la ira —

—Me enseñaba fotos. Me contaba sus ideas contigo. Me relataba cada pequeño detalle de vuestras citas.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Eso significaba que cuando descubrí que Dean, le enseñaba fotos de nuestra intimidad a sus compañeros de trabajo o a sus amigos en la escuela, probablemente no fueron las únicas veces. ¡Era tan asqueroso! Solo me veía como un trofeo que le arrebató a su hermano.

Como una presa de la que alardear.

—No sé cómo pude haber estado tan ciega.

Me abraza. Me fundo en su olor a mar y hombre.

—No te culpo de nada — besa mi frente con dulzura —. Solo quiero deshacerme del peso que he estado cargando todos estos años de una vez por todas. Quiero avanzar sin la preocupación de que un día pueda arruinarme por una jodida diversión —frota su nariz contra mi mejilla —, arrebatándome lo que más quiero.

—Liam...

—Es mi turno, Ellie, como siempre debió haber sido.

—No sé si esté lista.

Se aparta abruptamente.

—Claro que no lo estás. Sé que aún no confías en mí. Que me tienes miedo. Tenemos todo el mundo en contra. Dean, logró que la policía estuviera detrás de mí también — dice —. Me entregaré, testificaré, responderé a todo lo que quieran saber, pero necesito unos días para encontrar las pruebas necesarias.

— ¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

Se encoje de hombros.

—Creo que tengo cómo comprobar que fui yo quien tuvo una coartada ese día —sonríe—. Pero, aparte de un testigo, necesito evidencia física. Eso solo lo puedo encontrar en ese maldito hoyo. Partiré a Shaftesbury en dos días.

Arrugo la frente.

— ¿Por qué no estás ya allí?

—Necesitaba verte — su sonrisa tímida hace que mis muros se derritan —.

Quería asegurarme de que estuvieras bien vigilada y hacerte entender que no podría causarte ningún tipo de daño.

—Es una situación complicada.

—Lo sé — vuelve a besar mi frente antes de ponerse de pie. Su cabello luce más largo. Su barbilla y mejilla también tienen barba —. Vendré mañana. Deja tu ventana abierta otra vez. Esta conversación tendrá que seguir.

No puedo no estar de acuerdo con eso. Todavía, tengo muchas preguntas.

—Sí.

—Descansa —dice antes de pasar de mi balcón al balcón de al lado. Corro para verlo, y en caso dado de que lo que me ha dicho sea falso, pasarle la información a mi guardaespaldas o al departamento de policía. Supongo, que encontró la manera de conseguir el apartamento vecino.

Me acuesto, tras verlo desaparecer dentro.

Le creo. En el fondo.

Le creo, pero no me cierro a la posibilidad de que pueda ser un buen mentiroso.

Aún peor que Dean.

A la mañana siguiente, me despierto con una sensación de entumecimiento recorriendo mi cuerpo y gracias al sonido del timbre, me levanto. Me enderezo con actitud perezosa hasta que recuerdo mi situación, A Dean, colándose en mi casa a través del balcón del apartamento de al lado y que se

supone que mi guardaespaldas, vendrá hoy. Rápidamente envuelvo mi cuerpo con una bata y entro en mis pantuflas de conejo. Son ridículas al lado de la situación que estoy viviendo, ya no siento la felicidad infantil de antes cuando las usaba, ni siquiera se sienten cómodas, pero no he tenido ni tiempo, ni ganas, de comprar otras. Corro al baño para cepillar mis dientes, arreglar mi cabello y lavarme la cara. Han pasado alrededor de cinco minutos cuando por fin abro la puerta principal, tras verificar que no se tratara de Dean, y no sé cuántos más lleva esperando. Quizás está ahí desde antes de que me levantara.

—Buenos días — dice —. Soy Dan Blackwood, ex miembro de la Marina — me ofrece su mano mientras que con la otra me enseña su placa.

—Jackson me envió. Podemos hablar un momento con los oficiales de afuera si quieres asegurarte de que todo esté bien.

—No es necesario. En unos minutos llamaré al sargento y le preguntaré — le ofrezco una sonrisa —. Luces como un oficial — pone los ojos en blanco. Me encojo de hombros. Por ahora solo quiero confiar en alguien. Le echo un vistazo a su maleta. Es pequeña y azul. No sé qué tan rápido atraparán a Dean, y a Liam, para los interrogatorios, pero no creo que sea suficiente para pasar *unos días*. Mientras más rápido mejor, sin embargo.

— Pasa, te enseñaré tú habitación.

Asiente y da un paso dentro del apartamento. Me aparto para dejarlo continuar y guiarlo por el pasillo. Me detengo frente a la sala y la cocina para señalarle que tiene libre acceso a ellas. Solo afirma sin decir una palabra. Es alto, rubio y delgado, pero fibroso. Usa un traje negro entallado y zapatos de vestir. En realidad, no parece un guardaespaldas en absoluto. Lo cual me gusta, ya que lo que menos necesito en estos momentos, es sentirme intimidada. Pero sí tiene ese tipo de mirada que grita, *posesión de habilidades*. Casi siento pena por él. Renunciando a todo un mundo de adrenalina por ser la niñera de una mujer.

Me detengo frente a la habitación de invitados.

—Aquí.

—Gracias— me sonrío con sus labios finos y dientes muy blancos. No es guapo en exceso, nivel Jones, pero sí tiene un lindo encanto naval

— ¿Me das un minuto para instalarme?

Me sonrojo.

—Por supuesto. Estaré haciendo el desayuno — pienso en el contenido de mi refrigerador. En mi despensa. Estoy entrando en pánico cuando recuerdo que Margaret fue mi salvadora.

— ¿Hay algo en especial que quieras?

—Café está bien.

— ¿Con leche o...?

—Negro. Agrio. Sin azúcar.

Hago una mueca.

—Está bien...

Como no recibo ninguna otra palabra, me doy la vuelta y me dirijo a la cocina. Saco mi mágica mezcla de los estantes y empiezo a batir para dos mientras mi cafetera se encarga del pedido de Darth Vader, de ninguna forma le daré solo café. Sus expresiones vacías, no me han indicado si le caigo bien o no, pero lo mejor para nosotros es tener una sana convivencia.

Tengo la sospecha de que serán días largos.



A lo largo del día, continúo siendo ignorada y excluida en mi propia casa. Cada vez que intento iniciar una conversación de algo que no tenga que ver con información que lo ayude a realizar su trabajo, solo contesta con monosílabos o permanece en silencio. Supongo, que es desesperante compartir habitación con una mujer que lleva días en cuarentena. Sintiéndome estúpida en algún momento de la mañana y cansada de intentar relacionarnos, lo dejo a solas con su teléfono en su puesto vigilando la entrada, y me escondo en mi habitación. Estoy orgullosa de la decoración del lugar. A pesar del poco tiempo que llevo aquí, me he distraído reacomodando los muebles y haciendo que encajen con mis portarretratos, objetos de decoración y cojines. Con seguridad puedo decir que podría salir en una revista de decoración.

De allí no salgo hasta que llega el momento del almuerzo y nos preparo algo. Estoy tan enojada con su silencio, que le indico que para la cena podrá servírsela él mismo. Solo se encoje de hombros.

—Bien — gruño y vuelvo a mi agujero por el resto del día.

Allí, no hago más que seguir los últimos pasos de Dean, en sus redes sociales. Por supuesto, no ha actualizado nada nuevo desde hace unos meses, cuando

seguíamos juntos. Estoy en sus últimas publicaciones. Me estremezco recordando lo que era estar a su lado. Por lo general, los últimos años de nuestra relación son un tabú hasta dentro de mi propia mente. En especial los últimos meses. Los últimos días. No consiguiendo nada productivo, apago el celular y hago lo que llevo haciendo por días.

Esperar...

Esperar un milagro.

O una desgracia.

No me duermo al anochecer. Convenzo a Dan, de que tengo sueño saliendo en pijama y bostezando para darle las buenas noches, encontrándolo leyendo en su habitación, antes de encerrarme en la mía, pasar el seguro y prepararme para la visita de Liam. Enciendo el televisor y subo el volumen para mitigar cualquier sonido que podríamos causar. A las diez en punto, tras media hora de espera, me canso y caigo sobre el colchón. Inevitablemente mis ojos se cierran.

No sé a qué hora aparece, pero lo hace de la misma forma que ayer: su mano cubriendo suavemente mi boca y sus hermosos ojos enfocados en mí. La gran diferencia es que en esta ocasión no grito, no lucho, no pataleo. Liam espera hasta que mi respiración se calme para echarse hacia atrás y liberarme. Una vez lo ha hecho me enderezo.

—Tardaste mucho.

—La patrulla no desapareció hasta hace unos minutos. Hubo un incendio en el centro— se estremece. Estrecho su mano. Debe estar recordando a sus padres —. Dos niños y un anciano murieron.

—Eso es terrible, Liam. Lo siento mucho por sus familiares.

—Sí, bueno, no es como si pudiéramos haber hecho algo al respecto— besa mi mejilla. Me embriago con el olor de su colonia. Hoy está usando una camisa.

—Espérame un minuto, nena. En un momento seguiremos con el interrogatorio — se separa —. Voy a...

Mi puerta se abre. Dan, se inclina sobre el respaldo. Está igual que yo, en pijama, solo que el suyo consiste en un sencillo pantalón de cuadros y en una camisa blanca, no en encajes. Su expresión es aburrida.

—Tardaste mucho — repite mis palabras —. Estaba empezando a pensar que chocaste contra la ventana o algo por el estilo.

Mi ceño se frunce.

— ¿Ustedes dos se conocen?

Liam asiente. Su dedo índice viaja a mi mejilla. Me acaricia. A pesar de que no estoy enamorada y que me recuerda a Dean, que me engañó, hay una atracción entre nosotros que no puedo negar. Tampoco desmentiré el hecho de que creo en él más de lo que creo en su hermano. Dean, tiene antecedentes de abuso en su historial en su contra.

—Yo lo contraté para cuidarte.

— ¿De, Dean?

—De todo.

Dan rueda los ojos.

—No es como si en este departamento nos estemos enfrentando a algún tipo de peligro — gime —, a menos que estés hablando de su comida. Liam, amigo, tu chica cocina para morirse. Debes probar su lasaña.

Los ojos de Liam brillan. Me sonrojo. Tengo una idea de por qué lo hacen. Dan, me llamó *su chica*. Mi mente se horroriza con la idea, mi corazón late. Hay una terrible lucha aquí entre lo correcto y el deseo. Lo correcto según mi cerebro, sería enviarlo tan lejos como pueda, mientras que mi cuerpo solo lo quiere más y más cerca.

— ¿Ah, sí?

—Totalmente.

—No lo sabía — me mira acusadoramente.

— ¿Qué otras habilidades tienes que desconozco? ¿Tejes? ¿Coses? ¿Haces manualidades? — ríe.

—Sé bailar flamenco — encojo mis hombros.

—Pero ¡Hey!, no cambien de tema, ¿cómo se conocen? Me enfoco en Dan— ¿No se supone que fuiste enviado por el Sargento Jackson? —Entrecierro mis parpados — ¿O es que él, también está involucrado?

Liam suspira.

—En realidad...

Dan, vuelve a rodar los ojos.

—No todos los policías tienen un palo en el culo. Edward, sabe identificar a un psicópata cuando lo ve. Esta mierda.... — señala a Liam —Ni siquiera

mataría a un pájaro — nos observa — ¡Jesús! Si ustedes son como los putos, Barbie y Ken — se da la vuelta — Liam, tú te encargas de ponerla al día — bostezo —. Hasta mañana.

Nos quedamos en silencio hasta que oímos su puerta cerrarse. Entonces Liam, toma un mechón de cabello entre sus dedos y acaricia las hebras. Lo mira con el ceño fruncido.

— ¿Por qué lo pintaste?— mi expresión cae. No me gusta no gustarle

—No me malentiendas, Ellie, me gusta, pero... —Hace una mueca— Me encantaría que nunca cambiaras nada de ti. Eres perfecta.

—Pensé que así Dean, podría confundirse en el caso de estar buscándome por la calle — me encojo ante su estremecimiento —. Fue una decisión estúpida, lo sé.

Sostiene mi rostro entre sus manos. La forma en la que me sujeta es tan delicada que va directo a mi alma. Nunca he sido sostenida así, ni me han mirado como si fuera lo más valioso.

Bueno, no desde hace mucho tiempo.

Hubo una vez...

—Nada de lo que está pasando ahora, es tu culpa. Cómo actúes, será lo mejor que hagas. No estabas preparada para enfrentarte a esta situación. ¡Mierda!, ni siquiera yo lo estoy. Se suponía que nunca volvería a Inglaterra y mírame. Aquí estoy. De nuevo en casa— se sienta junto a mí. Mi cama es matrimonial, pero se ve pequeña con él sobre ella. *Al igual que yo.* Me sonrojo.

—Es mi jodido hermano, se supone que no debería odiarlo, pero lo hago. Estás tan malditamente aterrada de él — besa mi frente.

—Jamás dejaré que te ponga un dedo encima. Trabajaré día y noche para

garantizar tu tranquilidad. Incluso seré quién lo detenga si es necesario — su mandíbula está tensa, pero sus ojos son suaves cuando me ve —. Puedes comenzar con las preguntas.

Pienso. Me debato. Por unos segundos, no sé cuál hacer. Son tantas. Literal, tengo millones, pero ahora que tengo la oportunidad de hacerlas todas, han desaparecido.

Luego mi voz se vuelve un murmullo débil.

— ¿Por qué me quieres tanto?

Liam ríe, en absoluto sorprendido. Me sonrojo.

De todas, tuve que empezar con la más ridícula y la única que no tenía necesidad de hacer. *¡Muy bien hecho, Elizabeth!*, me regaño. Liam debe pensar que el tinte, se robó mi cerebro.

—Porque eres la persona que logra sacarme una sonrisa, sin tener que hacer demasiado esfuerzo. Ni siquiera tenías que verme para que suspirara a tu alrededor como un imbécil. Eres la única, a la que no le llamaba la atención este estúpido idiota que creé para competir con Dean — acerca su rostro al mío. Él, ha hecho todos los movimientos hasta ahora, por lo que me inclino solo un poco en su dirección, diciéndole que sí, porque no hay otra cosa que quiera en este momento que no sea besarlo.

—Eres tan bella, Ellie, tan delicada...

—Dean, bésame, por favor — gimo.

—Claro que sí— gruñe antes de tomar mis mejillas y acercarme. No conforme con el contacto de nuestros labios, hace que me monte sobre sus piernas y rodee su cuello con mis manos. Posteriormente, nos hala hacia atrás hasta que adoptamos una posición vertical sobre la cama — Elizabeth — su voz ronca

me hace estremecer. Ataco su boca con mi lengua

—Eres lo único en lo que he podido pensar desde que te vi de nuevo.

Froto mi nariz contra su barbilla.

— ¿Solo en mí?

Ríe.

—No es como si me hubieras visto con otra chica o como si tuviera ojos para otra en absoluto. Solo son para ti.

Decido hacerme la celosa.

—Mmm...

—Las alejaría a cada una, por ti.

La convicción en su voz me hace desearlo más.

— ¡Santo cielo!, ¿cómo es que no te vi antes?

Por primera vez me doy cuenta de lo diferente que habrían sido las cosas si hubiera escogido al otro gemelo. No hay forma de que hubiera sabido sobre Dean, pero... mamá me lo advirtió. Aún así, aquí estoy, cayendo por el otro hermano después de que ambos me mintieran a la cara por años. Solo hace falta que Liam, me mire, sin embargo, para que mande mi razonamiento al diablo. Sé que está mal, pero se siente tan bien.

—El perfecto eres tú, Liam, no yo — beso su cuello —. Tan hermoso...

—Soy igual que él — dice con frustración.

Me detengo.

—No— me separo para mirarlo directamente a los ojos.

—No sé cuánto tiempo ha pasado desde que no mantienes una conversación

con tu hermano, pero no lo son— Ni siquiera sé la razón de por qué le estoy diciendo eso. No es mi asunto, pero simplemente no puedo con la desolación en sus ojos mientras se compara con un monstruo.

—Él, ya no lo mantiene para sí. Es un abusador.

Cierra los ojos. Cuando los abre está tan furioso que un temblor recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

— ¿CÓ... cómo? —Asiento— ¿Te... golpeaba?

Me acuesto sobre su pecho.

—No quiero hablar del tema — mi voz suena quebrada.

—Solo no te vuelvas a comparar con él, Liam — presiono mis labios contra su pectoral. Es duro. Está trabajado tan bien. Debe pasar horas en el gimnasio para mantenerse así. Una pequeña convulsión en respuesta me hace sonreír.

—Eres mucho mejor que él.

—Ellie...

—No.

—Por favor.

—No— repito esta vez, con más convicción

—Si quieres hacer algo al respecto, ayúdame...— me siento. Sus ojos van directo a mis senos. Por los movimientos, mi escote está parcialmente descubierto. Le digo adiós a mi camisón, quedando expuesta, solo en bragas, ante él. Mis pezones se fruncen más con el frío. Gime

—Hazme olvidar...

—Está bien—

Accede con la promesa implícita de indagar después. Jadeo cuando me da la vuelta, apoyándome sobre el colchón, y desciende por mi cuerpo hasta que su aliento choca con mi entrepierna. Baja mis bragas con cuidado. Enredo mis dedos en su cabello y halo su cabeza contra mi centro.

—Disfruta, bebé — dice antes de empezar a lamirme con su lengua.

Ruedo los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

Eso se siente mucho mejor que recordar.

Liam me hace llegar varias veces. Con él, descubro la gran capacidad de recuperación que tengo tras un orgasmo para darle la bienvenida a otro. Primero es con su lengua, luego con sus manos trabajando y apretando mis senos mientras me saborea y finalmente, mete un par de dedos dentro de mí mientras estimula mi clítoris con sutiles caricias. Me deshago en sus dedos como una gelatina derritiéndose. Es tan bueno en todo lo que hace. No puedo evitar estar un poco molesta por ello, ya que eso no es más que un grito diciendo que ha tenido mucha práctica, pero cualquier sentimiento ajeno al placer se desvanece cuando siento su boca de regreso en mi sexo. Tiemblo. Jadeo. Me estremezco. Lloro. Rezo su nombre. Es completamente impresionante, pero aún así, siento que algo falta. Tardo tres orgasmos en darme cuenta de qué se trata.

Lo quiero dentro de mí.

—Liam—

Sollozo halando su pelo hacia arriba hasta que su rostro está a la altura del mío. Entonces enrolló su cintura con mis piernas. Mis manos viajan al broche de su pantalón. Aún está vestido. Liam me deja bajar sus pantalones y ropa interior. Conserva la camisa. Su chaleco se perdió un orgasmo para mí atrás. Jadeo, ante la visión de su furiosa erección apuntando hacia mí —. Por favor...

— ¿Mm...?— Un destello de diversión atraviesa su expresión oscura. Sus dedos cavan más hondo en mi interior. Suelto un gritito al sentir la yema de su pulgar frotando en círculos mi pequeño nudo de nervios. Mi rostro se calienta con intensidad cuando me doy cuenta de que estoy haciendo un show que probablemente Dan, está escuchando. No sé cómo podré verlo a la cara mañana— ¿Quieres sentirme?

Muevo enérgicamente la cabeza.

—Sí. Por favor...

Esconde su rostro en mi cuello. Con su mano lo siento posicionar su miembro contra mi entrada. Gruño cuando me frota en lugar de empujarse dentro. Está volviéndome loca de formas que no sabía que eran posibles. Con su cuerpo. Su calor. Su manera de besarme como si no tuviera nada más que mis labios en mente. Con su olor a virilidad. Es simplemente asombroso. Es tan bueno, que ni siquiera pienso en el hecho de que se supone que fue él, quien me conquistó en primer lugar, defendiéndome y cuidando de mí. En lo estúpida que fui al no diferenciarlo de Dean.

Y mientras más tiempo paso sometiéndome a sus atenciones, más me pregunto cómo pude haber cometido el estúpido error de fijarme en Dean, a primera vista solo por su oscuridad, y no en él. Dean, era bueno en la cama, pero, *bueno*, palidecía al lado de las habilidades de Liam. Además, con Liam, el verdadero Liam, el chico que me hizo la vida imposible en el resort y que me

ignoró toda la escuela porque pensó que era feliz con su hermano, nunca me he sentido realmente amenazada. Solo quiero saber la verdad y ellos dos, son los únicos que la conocen. Lo único que puedo reprocharle, por otro lado, es, haberse dejado manipular y no haberse acercado.

Aún así no puedo culparlo.

— ¿Quieres esto?

—Sí...

—Entonces, di mi nombre —ruge ingresando lentamente su glande. Gimo.

— ¡Dilo, Ellie, di que quieres *mi polla!*

— ¡Oh, Dios!—

Oculto mi rostro en la almohada. Sé, por qué lo pide. Identifico los sentimientos en su mirada. Ira. Deseo. Necesidad. Vulnerabilidad. Quiere confirmar que estoy al cien por ciento con él.

— *¡Quiero tu polla, Liam!*— la mete solo un poco más, por lo que lo complazco— Liam... Liam... Liam...— recito enredando mis dedos en su cabello. Está más largo. Me embiste completamente. Aprieto los dedos de mis pies. Estoy muy lubricada debido a sus trabajos previos. No duele, pero aún así, siento que se detiene un momento hasta que siento que me he ajustado a su tamaño. Entonces empieza a penetrarme enérgicamente. Paso las uñas por su espalda

—Liam, más fuerte, por favor — pido sin tabúes.

—Como quieras, nena — gruñe en mi oído antes de empezar un mete y saca que consigue hacerme delirar en cuestión de segundos.

A los minutos, lo siento correrse de nuevo dentro de mí, lo acompaño, sin protección porque de nuevo hemos estado demasiado ocupados para ser

responsables, por lo que tendré que recurrir a la opción de, *el día siguiente* a menos que queramos terminar con la palabra con *b*. Me estremezco entre sus brazos solo de pensarlo. No estoy lista para ser madre y menos con un loco ex psicópata detrás. Liam confunde esto con el frío y nos cubre con una manta. Me acurruco contra él, cuando termina de sacarse la camisa. No me molesta entrar en calor de esta manera en absoluto.

Acaricio sus abdominales con mi dedo, disfrutando cómo se contraen y Liam, gruñe sin pedirme abiertamente que lo deje en paz. Su cuerpo está tan bien trabajado que siendo él, tendría miedo de salir a la calle. Hay muchas mujeres locas, no como yo, que saltarían sobre él, y no considerarían un *no*, por respuesta al momento de obtener un bocado.

—Creo que llegó el momento de que continuemos con la charla —

Toma mi mano. Voy a protestar cuando empieza a besar mis dedos. Me derrito mientras lo hace. Después la coloca sobre su corazón. La dejo allí. Empieza a acariciar mi cabello

— ¿En dónde estábamos?

—Me explicabas la razón por la cual esto ahora parece un show de cámaras ocultas en el que todos se han puesto de acuerdo, en vez de una investigación criminal — digo.

—Parece que soy la víctima de una broma de mal gusto.

Liam, arruga la frente.

—En ningún momento he querido hacerte sentir mal— me estrecha cálidamente contra su costado.

—Aunque nunca pensé que pudiera llegar a ciertos extremos... como lastimarte...— suspira cuando no le cuento más— Cuando hice el trato con

Dean, dejé una especie de grabación como prueba. Pensé que en un futuro la podría necesitar en el caso de que nuestro intercambio de descubriera. Supongo que, en el fondo, sabía con qué tipo de persona estaba tratando.

— ¿Qué tienen que ver Dan y el sargento Jackson en esto?

—Dan, solo es un guardaespaldas. Trabaja para mí en ocasiones— responde.

—El sargento es un viejo adversario de Dean. Él no ha sido precisamente una florecita todos estos años. No ha ganado todos sus casos de manera justa.

—Dean, es un buen abogado, la mayoría de las veces desconoce lo que es perder y, cuando lo hace, es a cambio de buenos tratos con la otra parte. Además del asesinato sin resolver de nuestros padres, lo están investigando por fabricación de pruebas y falsos testimonios, un montón de mierda sería. Hice un trato con Jackson cuando la evidencia del incendio comenzó a señalarme.

— ¿Le entregas a Dean y él te deja en paz?

—No— su expresión se oscurece

—A pesar de que no luzco como un sociópata con todas sus letras, Jackson aún no confía en mí lo suficiente como para descartarme, al menos no hasta que consiga la prueba de que era yo y no él quién tenía una coartada ese día y la cinta que pruebe nuestro acuerdo de cambio de identidad.

—Es por eso que regresas a Shaftesbury, ¿no? Allí están.

—Sí.

— ¿Entonces, cuál es el trato?

Dean gruñe.

—Le entrego a Dean, y ellos dejan el asunto de mis padres atrás, pero...

—Ahora quieres saber quién fue — completo por él.

—Siempre quise. En la actualidad, con los avances tecnológicos, se puede evaluar la evidencia mejor. Así fue como descubrieron que la fuga de gas no fue accidental, sino circunstancial — Se estremece.

—Y pudieron identificar el rostro de la cinta de seguridad de un negocio de al frente, Ellie. Pudieron ver quién jodidamente causó el accidente que asesinó a mis padres.

No quiero hacer la pregunta porque ya sé la respuesta, pero aún así, necesito escucharla para, finalmente, ponerle un punto a nuestra historia.

— ¿Quién fue?

Su respiración se vuelve acelerada.

—Dean.

—O, tú — digo y al instante, me arrepiento.

Liam niega.

—Eso no es posible, ¿sabes por qué?

— ¿Por qué? — pregunto sintiéndome aliviada por no haberlo molestado con mi comentario.

—Porque en ese momento, estaba contigo.

Me enderezo para mirarlo mejor.

—Sí — dice —. Sí Ellie, a veces, me hacía pasar por él — su mano acaricia mi espalda —. Estaba contigo, en tu habitación, sosteniéndote justo así, cuando... cuando murieron. Tú, eres mi testigo, no el de Dean.

Mi corazón se paraliza.

Ahora lo recuerdo.



El día de la muerte de sus padres, estábamos en mi habitación, acurrucados, mirando mi álbum con viejas fotos. Mamá, en contra de sus palabras, no hacía ningún tipo de caras cuando entraba, todo lo contrario. Por lo que supuse que su advertencia con respecto a Dean, era solo eso, una advertencia. Pero una vez se diera cuenta de que él, era el indicado, lo amaría. Estábamos en esa parte aún. No lo amaba, pero lo soportaba. Papá, sorprendentemente, era el que solo gruñía en su presencia. Asociaba esto al simple hecho de que Dean, le estaba arrebatando a su princesita. Siempre habíamos sido muy cercanos.

—Parezco un tomate aquí—

Le enseñó una foto de nuestras vacaciones en Acapulco, México. Mamá, olvidó ponerme bloqueador y mi piel enrojeció por el sol. Tenía siete y la costumbre de hinchar la panza para cada foto. Mi traje de baño era de La Sirenita.

—Mira esta, ¡Dios!

Dean, ríe cuando le señalo una en la que tengo dos años y papá dejó que sumergiera mi rostro en un gigante algodón de azúcar. Cómo desperté del coma diabético es un misterio para la ciencia. Hago una mueca con mis labios cuando él me enseña una en la que estoy andando por el parque, en bicicleta con casco, rodilleras, coderas y peto. Recuerdo que mamá no quería que las

usara porque no era normal, pero que yo insistía en ponerme porque siempre me caía. Y porque quería parecer un robot

— ¿Por qué siempre he sido tan... rara?

Dean, ríe. Es un sonido bajo y glorioso que remueve mis entrañas. En realidad, todo lo que él hace las remueve. Es como tener una máquina para mezclar dentro, la cual se activa cada vez que hace o dice algo.

—No lo sé —dice.

— ¿Crees que lo soy?

Arrugo la frente y lo que lo golpeo juguetonamente.

—Bueno...—

Me mira con una brillante sonrisa. Mi corazón se derrite con el hoyuelo en su mejilla y las pecas esparcidas estratégicamente en su rostro para verlo hermoso.

—Estás usando una camisa dos tallas más pequeñas y una mini falda mientras me enseñas tus fotos de pequeña en tu habitación, en tu cama, con tus padres abajo.

—Se relame los labios. Está sonrojado y su respiración es dificultosa

—No sé si eso te hace rara, pero sí bastante controversial. Es como si torcieras lo correcto, en vez de hacer lo malo, para divertirte. Eso los debe frustrar como un demonio porque no tienen motivos para molestarse.

Suelto una risita.

—Ya se acostumbraron.

Sus labios se tuercen.

—Yo todavía estoy en proceso.

—Su voz es ronca. Tengo dieciséis y sigo siendo virgen, pero no soy estúpida. Reconozco el hambre en su mirada

— ¡Dios, Ellie, ven aquí!

Hago lo que pide y me siento en su regazo. No porque él lo ordene, sino porque yo, en el fondo, quiero estar un paso más cerca de él. Tal vez no estoy preparada para estar lo más cerca que se puede estar de una persona, procedimiento en el que tendré que renunciar a mi cereza, pero sí, estoy bien con dar pequeños pasos en su dirección. Es un chico. Sé que lo necesita y que, si quiero que se mantenga alejado de todas esas perras, tengo que mantenerlo concentrado en mí hasta que nos enamoremos. Entonces podremos comprometernos el uno con el otro, tener sexo y evitar tener pequeños bebés con sus ojos y mi rareza hasta que decidamos tener una familia.

Sé que mi mente vuela demasiado alto, pero Dean, no me mantiene precisamente con los pies sobre la tierra. Él, me hace soñar con cuentos de hadas. Con un castillo en el que seremos felices por siempre, sin la aparición de ninguna bruja malvada o dragón escupe fuego. Nuestra historia es más dulce que las historias de Disney.

Pero todo eso queda en segundo plano cuando mis bragas de algodón chocan contra el bulto en su pantalón. Mis mejillas se sonrojan a niveles indescriptibles. Siento que mi cabeza va a explotar por toda la sangre que circula en ella y el calor, ¡Dios!, el calor es insoportable. Contengo las ganas de abanicarme. Dean, por otro lado, gruñe y me aprieta más contra sí. Las venas de su cuello se marcan tanto. Está comible en su chaqueta del equipo de Lacrosse, camiseta blanca y sencillos jeans gastados.

—Me estás matando —dice.

Me muevo un poquito. Sonrío cuando vuelve a gruñir.

Esto es tan divertido. Friends, palidece al lado de esto.

—No es mi intención.

— ¡Como una mierda que no lo es!

Se gira y entonces quedo bajo de él, sus labios están todavía más cerca —. Maldición, Ellie, estoy intentando hacer esto de la forma correcta y no aprovecharme y tú... y tú lo mandas todo a la mierda con solo existir.

Bato mis pestañas. Adoro que insinúe que está loco por mí.

Yo también lo estoy por él.

—No sé de qué hablas — digo con el tono de voz más inocente —. Yo solo te enseñaba mis fotos.

—Ajá...

Me fuerza a abrir las piernas, o bueno, me insta. No me siento obligada en ningún momento. Su mirada se oscurece aún más cuando me siente de regreso. Empieza a frotarse. Jadeo, pequeñas oleadas de placer que no había sentido antes construyéndose en mi vientre a punto de la tensión. No soy una santa, varias veces me he tocado antes de dormir pensando en Dean, pero... esto es tan diferente a frotarme contra mi almohada, siento que mi cabeza está a punto de salirse de mi cuerpo.

—Eres tan bonita, Elizabeth— gime contra mi oído, nuestros sexos acariciándose por debajo de la ropa, su dureza contra mi suavidad

—Tan malditamente hermosa, que haces que decida enviar a la basura tanto, solo por tenerte. — besa la comisura de mis labios mientras se aprieta contra mí buscando la liberación. Mi cuerpo se tensa al sentirlo cerca. Tan cerca...—
Córrete, nena, déjame ver cómo te rompes.

Lo hago.

Gimo una última vez y lo siento. Es una pequeña corriente eléctrica que se hace más y más grande a medida que pasan los segundos. Dean, sigue moviéndose mientras lo hago, pero su mirada está enfocada en mi rostro, viéndome, lo que solo me excita más mientras el orgasmo se apodera de mi cuerpo. Termino con pequeños espasmos y sonidos de gato, lo que parece excitarlo más ya que se empieza a mover más rápida y duramente. Separo más mis piernas, lo que lo hace jadear de la misma forma que yo y romperse. Una vez ha terminado, se deja caer sobre mí y se da la vuelta conmigo sobre él antes de asfixiarme. Me relajo contra su pecho mientras siento sus dedos acariciar mis costados. Mi corazón tiembla cuando siento sus labios contra mi frente.

—Eres perfecta, Ellie.

—Hay chicas más lindas que te quieren —le dejo ver mis inseguridades.

Dean, repite el anterior gesto.

—Yo solo te quiero a ti.

Mi mente va del pasado al presente sin detenerse. Asocia comportamientos. Características. Si lo que dice Liam es verdad, que en el fondo sé que sí, eso explicaría mucho. Significaría que me enamoré de él, no de Dean. Significaría que ambos jugaron conmigo de la misma forma. Significaría que, aunque se marchó pensando que hacía lo mejor para mí, solo fue el cebo que necesitó su

hermano para pescarme. Significaría que todo después de su huida fue incorrecto. Significaría que mi chico dulce era él. Significaría que lo único que sentía por el monstruo era curiosidad de polilla, solo que en el sentido contrario.

Y, por fin, algo tendría sentido.

Liam, se queda hasta que caigo dormida. Entro en mi mundo de sueños abstractos con mi cabeza apoyada en su pecho y mi mano rodeando su cintura. No sé si es por lo cansada que terminé debido a motivos obvios, pero duermo como un bebé. Tan profundamente que no siento cuando se marcha. Después de su revelación hablamos poco, en realidad casi nada, lo que agradezco. Necesito tiempo y espacio, lo cual tendré mientras realiza su viaje a nuestro viejo vecindario. Marcharía hoy en la noche. Dan, se quedaría conmigo. Por lo que me dijo tenía en mente asignármelo, también Jackson, pero mi pedido les dio una mejor entrada.

Cuando me levanto al día siguiente no sé cómo enfrentarme a Dan, quién seguramente escuchó todo lo acontecido la noche anterior, por lo que retraso el momento lo más que puedo entrando en el baño y dándome una ducha de media hora o más. Salgo de la ducha cuando mi piel está arrugada como una pasa. Envuelvo mi cabello con una toalla y mi cuerpo con otra y me dirijo al armario. Por primera vez escojo mi ropa de la sección que dejé de lado por temor a Dean. Tomo una camisa sin mangas con estampado floral y leggings con

ilusión de jean, más unas sandalias de plataforma y un lindo sombrero que cubre mi rostro por si a caso. También me maquillo para ocultar los grandes círculos, que nada tienen que ver con pesadillas, bajo mis ojos.

Liam, no me dejó dormir.

—Dan, vamos a desayunar fuera, Dean no me impedirá vivir ningún segundo más— digo mientras entro a la sala. Una vez lo localizo en la cocina, mi boca se abre formando una gran *O*. Dan está cocinando y riendo, parloteando como un loro, con Margaret. ¡Oh, por Dios!

— ¡Hola, Elizabeth!— ríe Maggie, con una copa de vino en la mano. Hay un vaso de cristal medio lleno y una botella vacía junto a Dan. Él, hace huevos revueltos en una sartén. Está usando mi delantal.

—Llevo rato esperando que despiertes. Llegué hace dos horas. Si no fuera por tu sexy guardaespaldas...

Mi sexy guardaespaldas rompe su voto de silencio, otra vez, y ríe. Sus carcajadas suben de nivel cuando mi mejor amiga azota su trasero

—Estaría esperando afuera todavía.

Él le guiña.

—Te dije que tardaría en despertar. Anoche...

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

— ¿Qué hacen bebiendo desde temprano? ¡Son las siete!

—No hay horario para la fiesta. No seas aguafiestas.

Margaret rueda los ojos. Debe ser su día libre, pues en vez de usar su usual traje de negocios utiliza un sencillo vestido azul y su cabello rojo suelto en ondas que caen sobre su espalda. Es de entender que Dan, haya perdido la

cabeza. Luce genial. Está sentada descalza sobre mi encimera, balanceando sus pies como una niña.

— Es solo una copa de vino.

—O, diez — digo. Mi mirada acusadora viaja a su compañero de fiesta —. ¿No se supone que debes cuidarme? — Le pregunto — Creo que Liam estaría molesto si supiera que, en vez de estar alerta, bebes y disfrutas de la vida como si nada ocurriese.

—Por favor — bufa imitando a Margaret,

—Soy un ex marine. Me he enfrentado a cosas peores que un idiota loco. Puedo manejarlo hasta estando en estado de coma.

Sirve tres platos con pan tostado, tocineta y huevos. Alzo las cejas. Es el plato favorito de Maggie.

— Mejor calla y come — ríe —. Déjame cuidar de ti.

—Idiota — gruño sentándome con ellos.

Una vez pruebo el desayuno hecho por Dan, debo admitir que el chico sabe cocinar. Es bastante bueno, a pesar de que casi cualquier persona puede hacer huevos revueltos y poner pan en la tostadora, hay un toque de especias y mantequilla en el platillo que hace que mis papilas gustativas festejen. Margaret, gime durante todo el desayuno hasta que saca el tema de Liam, haciendo visitas nocturnas a mi habitación. Mis mejillas se calientan. Supongo que Dan le contó.

—Liam ha estado mucho por aquí, ¿eh?

—Ha venido dos veces — mi rostro se calienta —. A explicarme la situación. Añado al ver el movimiento insinuante de sus cejas.

—Todos esos gemidos de anoche forman parte de la explicación de la

situación, ¿no?— dice Dan, llenando su boca de tocino. Ríe al ver mi expresión —Vamos, *Ellie* — Me atraganto con la forma en la que gime mi nombre. Es una sátira de Liam—. Cuéntanos. Estamos entre adultos.

—Rt a eso —dice Margaret.

—Se supone que eres mi amiga —la acuso.

Se encoge lo mismo.

—Pensaba lo mismo, pero no me llamaste ayer, ni hoy, para contarme estos cuatro puntos importantes: a) que ya sabes quién es el malo de la película, b) que hay un sexy hombre cuidándote el trasero...

— mira a Dan, con deseo.

—c) que Liam, y tú lo hicieron hasta romper tu cama y d) esto es más grande de lo que pensamos. ¡Diablos, Elizabeth! Dean podría ser un asesino.

Sus ojos muestran dolor.

—Podría haberte hecho algo y ni siquiera tendría idea de quién fue.

Gruño. Al parecer Dan, le dio más que una simple actualización. Por lo visto le contó *todo*, arruinándonos un día de chicas para ponernos al día. Lo odio.

—Incluso si no lo fuera, creo que estaría en la lista de sospechosos— murmuro intentando aligerar la situación.

Reconozco que no soy la mejor amiga del mundo.

—Sí, bueno. — revuelve el contenido de su plato. No sé si es por el alcohol o porque de verdad herí sus sentimientos, o una mezcla de ambas cosas, pero sus ojos empiezan a lagrimear. Miro acusadoramente a Dam. Él, solo sube y baja los hombros con diversión brillando en las profundidades de sus ojos.

—Te odio un poco ahora. Eres lo único que tengo en esta estúpida ciudad.

Me levanto y voy hacia ella para abrazarla.

—Lo siento, Elizabeth, estos dos días han sido locos— beso su mejilla.

—Te quiero mucho. Prometo que, a partir de ahora, te actualizaré apenas suceda.

Sorbe por su nariz.

—Yo también te quiero.

Dan, totalmente borracho, se levanta y nos abraza.

—Yo también a ustedes, perras. — ambas reímos. Cuando nos separamos lo primero que hace es tenderme la botella.

—Es tu turno, Elizabeth. Por la casa.

Tomo la botella solo porque Margaret, me mira alentándome.

—Agh — me quejo al darle un trago —. Nunca he sido buena bebiendo por las mañanas.

Vamos a la sala tras comer, limpieza incluida, y los tres, nos dejamos caer en el sofá. Cualquier deseo que tenía de salir hoy de mi departamento, se ha desvanecido. Seleccionamos una película, *Love, Rosie*, y nos emborrachamos a lo largo de todo el romance.

Mientras la veo me permito sentir esperanza de nuevo. Si el amor de Rosie y Alex trascendió los años y las heridas que dejaron muchas mentiras, quizás no es tan tarde para mí. Después de todo, mi príncipe azul no fue solo una ilusión, sí existió. Lo que sucede es que ahora es que ha decidido salir en mi búsqueda.

Siempre fue Liam.

Sé que estoy soñando porque mis dedos tienen esta sensación de entumecimiento. Liam está aquí, en mi cama, sosteniéndome. Duramos tanto tiempo besándonos que cuando se aparta siento mis labios arder en una mezcla de placer y dolor. Su cara se refugia unos instantes en mi cuello, enviando escalofríos a través de mí, hasta que recobra el aliento. Me dedico a acariciar su cuero cabelludo mientras tanto. Cuando se endereza luce una sonrisa egocéntrica que se me hace adorable en vez de molesta.

—Sabía que no tendría que esperar mucho para probar tus labios de nuevo.

Hago un puchero.

—No soy una chica fácil, si es lo que quieres decir.

Liam, niega sin deshacerse de la molesta sonrisa.

—No estoy diciendo que lo seas— se acomoda entre mis piernas. El nuevo ajuste causa que sea consciente de la magnitud y el estado de su longitud contra mi centro. No pude evitar arquearme en respuesta. Se siente duro y caliente contra mí.

—. Nos pertenecemos, Ellie. Podemos estar juntos cuantas veces queramos sin sentirnos jodidamente culpables al respecto— se inclina para dejar un suave mordisco en mi cuello. Lloriqueo cuando empieza a restregarse contra mí a la par que mete una de sus manos por debajo de mi camisa y sostiene mis muñecas con firmeza por encima de mi cabeza. No va a mis senos directamente, sino que se entretiene un rato jugando a acariciar la sensible piel

por encima de mis costillas. Mis pezones ya erectos, se endurecen más en respuesta.

—Porque este sentimiento de posesión es correspondido, ¿no?— no sigue con su exploración hasta que murmuro una débil afirmación.

—Te mojas cuando estamos demasiado cerca —libera mis manos solo para colar la suya dentro del pantalón de mi pijama.

—Tan húmeda...— jadeo cuando junto mis muslos para retenerlo ahí.

—Liam — gimo su nombre consciente de lo obscena que sueno.

— ¿Qué quieres, nena?

Mezo mis caderas.

—Por favor.

— ¿Por favor qué?— detiene sus caricias en mi coño. Gimo en total frustración — ¿Qué es lo que quieres?

—Liam— me quejo —No me hagas decirlo.

Su expresión seria no es lo que esperé como respuesta. Ya no hay rastro del Liam juguetón con el que amo estar. Su sexy clon, una versión ardiente del hombre de negocios que debe ser en la oficina o que mi mente ha fabricado, ocupa su lugar. No cedo al instante por el desconcierto, así que lo toma como una falta y me obliga a darme la vuelta. Acostada sobre mi cama siento el peso de su cuerpo caer sobre el mío, sin aplastarme, acorralándome de nuevo. Su brazo pasando por debajo de mi vientre y levantándose mientras su mano empuja mi espalda hacia abajo, obligándome a alzar el trasero, casi consigue hacerme entornar los ojos. Un chillido escapa de mi garganta cuando su mano se estrella contra mi trasero en un firme azote.

— ¿Qué es lo que quieres?— repite con el mismo aire sombrío.

Me aferro a las sábanas con las manos al sentir el segundo golpe.

—Yo...

La sensación de su polla contra mi culo no me deja pensar, mucho menos el hecho de sentirla por completo entre mis nalgas después de que baja mis shorts. Un rápido vistazo hacia atrás me hace saber que Liam, está como vino al mundo. Me atonto aún más después de eso. Es demasiado grande para una mujer promedio, esbelta, grande. Mucho más para mí. La chica pequeña sin experiencia.

— ¿Liam?— pregunto sorprendiéndome con lo perdida y abrumada que sueno. Vulnerable — ¿Liam?

Tamborilea sus dedos sobre la curva entre mi espalda y trasero.

—Estoy esperando.

—Yo...—tomo una profunda bocanada de aire— Quiero que me folles.

Me da un tercer azote que no está en mis planes.

—Buena chica.

Después de torturarme acariciando la zona que su mano golpeó, sus caderas se impulsan suavemente hacia adelante buscando mi abertura. Hace a un lado mis bragas después del quinto empujón. Si en ese preciso instante no hubiera sumergido la punta de su miembro en mí, robándome la razón, le habría reclamado no tomarse la molestia de quitármelas. Es obvio que le gusta jugar con mi cordura, por lo que no me sorprende que no se sumerja en mí hasta que no estoy delirando y rogando por más.

— Por favor.

Me inclino más. Separo más los muslos. Lo quiero. Es una estúpida broma decir que estoy abrumada con él y todo lo que representa, cuando la realidad

es que lo quiero tanto que duele. Soy una mujer, ¡por Dios!, no por ser víctima de abuso he dejado de serlo. Quiero sentirme como una. Quiero ser deseada al borde de la locura. Vivir mi propio romance desenfrenado. Primitivo. Sin control. Con pasión.

Sin embargo, nada de lo que hago lo impulsa a darme lo que quiero. Cansada de esperar, hago que salga de mí y cambio de posición con él tras conseguir desnudarme. Su mirada a mi cuerpo, en especial a mis pechos, consigue hacerme sonrojar. Nadie nunca me ha mirado así.

— Eres hermosa — ronronea cuando lo empujo contra el respaldo.

— Y tú un idiota — me quejo posicionándome sobre él. No más preámbulos o juegos. Lo haré por mí misma

— ¿Por qué no me follaste? Estaba lista. Quería ser tomada por el cavernícola Liam.

— Quería verte a los ojos — responde.

Hago un puchero. Él y sus formas de derretir mi corazón.

— ¿Ahora está mejor? — e nvuelvo mis dedos tras su nuca. Asiente

— ¿Empiezas?

—Mandona— ríe dándome otro cachete en el culo. Le gusta hacer eso.

Sus manos acariciando mis pechos me congelan. Liam, empieza a chuparlos, morderlos y pellizcarlos hasta que alcanzan su punto de hinchazón máximo. Después cuele una mano bajo nosotros y, tras comprobar mi elasticidad haciéndome suspirar con uno y después dos dedos dentro de mí, guía su pene a mi centro. Suelta una serie de maldiciones y malas palabras sobre mi estrechez a medida que me hace descender sobre él. Me sujeta a sus hombros durante el proceso. Me llena por completo, abriéndome hasta el punto de quiebre. Estoy

a punto de celebrar cuando la parte posterior de mis muslos choca contra la delantera de los suyos. Encajamos. Duele un poco, pero no es un dolor desagradable, sino excitante.

Es perfecto.

— Lleva el ritmo — ordena al notar que ya me he acostumbrado.

— Mmm... — gimo al ascender y descender por primera vez sobre su verga.

Montarlo es al principio una experiencia agradablemente caliente, cómoda, en la que intercambiamos más sentimientos que placer mirándonos a los ojos hasta que ninguno de los dos puede más y aceleramos las embestidas. Echo mi cabeza hacia atrás, cometiendo el error de exponer mi cuello, cuando sus fuertes movimientos hacen que mi vientre se contraiga como primer aviso del inminente orgasmo en camino. Sollozando débilmente, me dejo hacer como una muñeca de trapo yendo arriba y debajo de su longitud hasta que los dos nos dejamos arrastrar, yo primero y luego él, por el tsunami.

Me levanto entre jadeos en mi sofá, no en mi cama y, definitivamente, no con Dean, con el suave golpeteo de la puerta con cuidado de no despertar a Margaret y a Dan, que están acurrucados en el sofá con un recipiente de helado entre ellos como si fuera su futuro bebé, y voy de puntitas hasta la entrada. Miro por el hueco de la puerta antes de abrir, mi corazón paralizándose por un segundo cuando no veo a nadie, y palidezco. Estoy corriendo hacia Dan, antes

de que mi cerebro mande la orden. Aplico la de Liam, y cubro su boca con mi mano para que no despierte a Margaret con ruido. No quiero asustarla innecesariamente. Podría ser solo una broma del niño del vecino. En verdad ni siquiera molestaría a Dan, pero el solo hecho de pensar que se podría tratar de Dean hace que me estremezca. Una vez se despierte, la pondré al día. Una cosa es darle información, otra muy diferente ponerla en riesgo.

—Alguien tocó la puerta. Fui a ver quién era, pero no había nadie — le explico una vez se levanta y se aparta de mi mejor amiga roncando en el sofá

— Podría ser una estupidez, pero...

—Maldición. No hay ningún niño viviendo en este piso.

Antes de que pueda terminar, ya hay un arma en su mano y una mirada calculadora en su rostro. Me aparto mientras abre la puerta y apunta hacia el pasillo. Mis rodillas tiemblan al ver la caja blanca en el suelo. Dan, la pateo con el pie antes de agacharse a recogerla. Cierra la puerta tras de sí con ella en las manos. La coloca sobre la encimera y la abre de espaldas a mí. Una vez examina el contenido, me hace señas con el dedo para que me acerque. Sus músculos ya no están tan tensos, pero su expresión permanece ilegible.

—Son flores— dice.

—Tulipanes blancos.

—Hay una tarjeta— saca un trozo de papel blanco de entre una de las esquinas de la caja. Lo lee en voz alta.

—Dice que es de Liam — Me la enseña para que la lea. Sí. Solo está escrito su nombre.

—Pero tengo el presentimiento de que Liam, no elegiría este maldito momento para hacer regalos sorpresas— saca su teléfono.

—Lo llamaré — espera unos segundos hasta que alguien responde

—Hey, Liam, sí. Todo está bien. Tu chica está a salvo, pero hemos recibido una sorpresa— escucho sus gritos preguntando si se trata de Dean, si Dan permitió que se acercara a mí o si me hizo daño.

— No imbécil, nada de eso, o bueno, sí, puede que se trate de Dean, a menos que hayas sido tú quién envió una caja de tulipanes blancos— la mandíbula de Dan se tensa.

—Bien, vale. Eso es lo único que necesitaba saber— guarda silencio por un momento.

—Sí. Está bien. Nos pondremos en marcha apenas recojamos todo— dice, luego cuelga. Sus ojos son de nuevo serios cuando me enfocan.

—No fue Liam, y jodidamente, no nos quedaremos aquí si ese imbécil ya sabe tu dirección— teclea en su teléfono mientras me habla.

—Nos iremos hoy a Shaftesbury. Allá nos reuniremos con Liam, y los tres nos instalaremos en algún sitio fuera del radar.

— ¿Tú, yo y quién más?— pregunto.

—Margaret— contesta con sequedad.

—De ninguna forma la dejaré aquí. Ya sabe demasiado. Dean, podría ir tras ella.

Me cruzo de brazos.

—No. No la quiero involucrar.

—Muy tarde — dice —. Ya la has involucrado demasiado.

—No fui yo quién le contó todo.

—No, pero con lo que sabía ya habías picado su instinto. Si cualquier cosa te

hubiera pasado, ella hubiera acertado al ir tras el culpable a salvarte o para vengarse— la mira. Sus ojos lucen una mirada protectora —. Te quiere mucho.

—Lo sé, por eso...

—Allá se me hará más fácil cuidar de ambas. Londres es muy complejo. Hay muchos puntos. En un pueblo, solo tendré que mirar las casas que hay alrededor, no las millones de personas en las calles.

—Está bien— me rindo —. Pensé que habías dicho que te has enfrentado a cosas peores.

—Lo he hecho. — Me enseña la pantalla de su iPhone —. Por eso sé cuándo me enfrento a un loco capaz de hacer hasta lo imposible por conseguir lo que quiere y, si no, destruirlo para que nadie más lo tenga.

—Amor extremo —leo el significado de los tulipanes blancos.

Dan asiente.

—Traduce eso al lenguaje de Dean.

Lo hago.

—Esto está tan mal.

Asiente.

En el lenguaje de Dean, *obsesión* es igual a amor.

Esta es su forma de decir que no se va a rendir.



Dan podrá ser un grano en el culo para la mayoría de los malhechores del mundo mundial, pero realmente es pésimo conductor. Una hora de viaje en auto desde Londres a Shaftesbury, lo demuestra. Estamos a bordo de un Mercedes A 250 que Liam nos alquiló, lo que no termino de entender ya que pudimos viajar cómodamente en algo más barato, aunque menos lujoso, y el sistema operativo del auto no deja de quejarse con el mal trato que le da. Margaret, tampoco ha dejado de insultarlo desde el asiento copiloto. Eso es todo un cambio drástico que desconcierta a Dan. Por lo visto, la luna de miel inicial entre ellos acabó cuando la obligó a venir con nosotros, pero la entiendo. Es del tipo de chica que odia seguir órdenes y según mi mejor amiga, no teníamos nada de qué preocuparnos. Ella es perfectamente capaz de manejar a Dean. No dudo que verbalmente no tenga adversario y que podría asesinar a cualquiera con un par de palabras, pero...

Dean está completamente fuera de su liga en cuanto a físico.

—No sé por qué es él quien maneja— Margaret, refunfuña cuando casi chocamos cambiándonos de canal. Froto mi frente. Me golpeé contra el cristal —. Puedo manejar mil veces mejor. Maldición, creo que Ellie también. No sé qué es más peligroso. Si Dean, o tú manejando.

Dan, aprieta fuertemente el volante.

—Manejaría mejor si hicieras silencio por un puto momento.

Estoy en la parte de atrás, pero escucho el chillido de Margaret como si estuviera delante con ellos.

— ¡No puedo callarme mientras nos conduces a la muerte!

— ¡Si tan solo te callaras!

— ¡Basta!— grito cubriéndome los oídos por un momento

— Margaret, sé que estás enojada— me inclino hacia delante para mirarla.

—Pero no es culpa de Dan que estés metida en esto. Si estás molesta con alguien, entonces que sea conmigo, él no tiene la culpa. Yo te arrastré a esto. Está aquí para protegernos.

Su labio inferior tiembla.

—Nunca te culparía de algo así.

—Me advertiste que Dean no era para mí— le recuerdo.

—Siempre lo supiste, Maggie, y no te hice caso. Si no fuera por mí no habrías tenido que tomarte estos días en el trabajo que sé que eran importantes para ti.

—Eres más importante que un ascenso.

Arrugo la frente.

— ¿Entonces por qué estás tan molesta?

—No estoy molesta— su vista se enfoca en el parabrisas.

— Solo asustada. El hecho de que hayamos tenido que huir y que el sujeto ya sepa dónde vives... ¡Dios, Elizabeth!, eso significa que ha estado persiguiéndome a mí también. Soy la única, aparte de Liam y Dan que ha

estado allí— cierra los ojos apoyando su cabeza al cien por ciento en el cabezal.

—Esto es más jodido de lo que pensé. Y es ahora... ahora que me doy cuenta. Estamos tratando con un asesino—gime—. Si lo hubiera sabido desde un principio, lo habría pensado dos veces.

Me acurruco en mi asiento.

—Lo siento.

Es lo único que puedo decir.

Margaret no soporta los viajes largos en auto. Media hora después, está roncando junto a Dan, dándonos por fin una especie de respiro. Después de que me sacara en cara el haberla arrancado de su vida, ninguno de los tres habló y no hice nada más que llorar en silencio. Ya me estoy cansando de eso. Mi vida, tan sencilla y alegre, se ha reducido a tres estúpidas cosas.

Llorar.

Sentir miedo.

Escapar.

—Esto es... diferente para ella— atrapo la mirada de Dan a través del retrovisor.

—Las personas que no han pasado por lo mismo que nosotros tienden a menospreciar nuestros problemas, pero una vez que lo viven, se quiebran. No

están acostumbrados— junta sus labios —. Sé más de lo que Liam y Margaret saben acerca de Dean, Elizabeth. Edward, lo compartió conmigo. Por eso, no sabía cómo tratar contigo en un principio. No soy la persona más sensible y tú... tú lucías como si fueras a desmoronarte en cualquier momento.

Palidezco. El color se drena de mi piel. La vergüenza viene.

Solía hacer denuncias a la policía acerca del maltrato de Dean, pero siempre terminaba retirándolas para que su reputación de exitoso abogado no se viera manchada. Siempre era débil dejando que su instinto de manipulación triunfara sobre mi amor por mí misma.

—Yo... yo... intentaba alejarlo, pero siempre...

—Lo perdonabas porque pensabas que era lo único que tenías — asiento.

—Entiende una cosa. No te estoy juzgando. Sé lo que siente una víctima de abuso. Sé que hasta incluso puede llegar a enamorarse de su captor y sé que el captor puede hacer lo mismo con su víctima, pero sé... sé también lo difícil que es ponerle punto final a una relación de abuso — murmura —. El solo hecho de haberlo vivido te hace una persona admirable. El haber salido de ello una heroína.

Niego. No puede pensar eso de mí cuando me vio con Liam.

Él, es la copia idéntica de mi captor.

—Sigo cayendo.

Sus ojos brillan con comprensión cuando me miran.

—Liam, no tiene nada que ver con Dean.

—No — digo —. Pero cuando lo veo no puedo dejar de pensar en Dean— barro las lágrimas fuera de mi rostro —. Por favor, no le digas nada, Dan. No quiero que sepa.

—Si fueras mi chica, me gustaría que alguien me lo dijera para matar al hijo de puta— aumenta la velocidad. Supongo que esa es su forma de desahogarse.

—Incluso sin que lo seas, quiero hacerlo. No puedo ni imaginar lo que sentiría Liam, si un día lo descubre. No sé cuánto te ha contado de nosotros, pero somos amigos. No solo trabajo para él. Sé que le importas mucho. Que está obsesionado contigo desde niño— ríe cuando observa mis mejillas rojas. — Sé más de lo que crees.

—Por favor — suplico.

—No lo hagas. Suficiente tenemos con lo que está sucediendo, por favor no lo atosigues más. El hecho de que no podamos estar juntos no quiere decir que no me preocupe por él. Con su hermano y la tarea de protegerme tiene más que suficiente.

—Está bien —suspira —. Pero solo si me prometes hacerlo tú. Quiero que Liam deje de pensar que queda algo de bondad en su hermano. Tú y yo sabemos que no es así.

—Está bien —acepto solo para salir de la preocupación de que Dan, pueda ir y sacar a la luz mis secretos más dolorosos —. Lo haré cuando todo esto termine.

— ¿Lo prometes?

—Sí —gruño. No quiero seguir hablando del tema —. Lo prometo. Le diré. No te preocupes.

—Bien —dice y le sube el volumen a la radio.

Medio año antes de que termináramos, Liam, hoy Dean, su maltrato hacia mí se intensificó. Ya no solo eran pellizcos o palabras que me hacían sentir estúpida, menos que él, sino todo un tipo de acciones que hacían más lastimarme. Realmente me herían. Me marcaban.

Y él las disfrutaba.

Un ejemplo de ello era cada vez que regresaba a casa cuando algo no le había ido de todo bien en el bufete. No hablaba de mi viejo departamento, que sigo extrañando con mucha fuerza, sino de la casa que compartíamos en Kensington. Notting Hill, es el lugar al que me mudé después de que terminamos y decidí irme. La cosa que más disfrutaba hacer antes de que diera el paso y terminara con todo eso era maltratarme física y verbalmente mientras me follaba. Al principio pensé que solo estábamos jugando rudo, incluso lo disfruté, pero llegó un momento en el que la confianza se convirtió en abuso.

—No he tenido un buen día, Elizabeth —dijo apenas entró en nuestra habitación. Me enderecé medio adormilada. Por su pinta, aún en traje, acababa de llegar y yo no había escuchado la puerta —. Ponte en cuatro, zorra, no estoy de humor para tus estúpidos preliminares —al ver que no me movía o decía algo, tomó mis tobillos y me deslizó por la cama halándome de ellos. Mi trasero en pompa chocó contra su miembro desnudo cuando me dejó él mismo en la posición. Sollocé con el rostro enterrado en las almohadas, chillando cuando uno de sus dedos se adentra en mí bruscamente. Lo mete y saca sin compasión hasta que considera que ha hecho el daño suficiente. Luego mete su polla dentro de mí de un empujón que me hace llorar más —. Aunque veo que no son necesarios. Siempre estás mojada como una perra.

Me estremezco en medio del dolor, pero no de placer.

Parte de su abuso es hacerme sentir culpable por algo que no siento. Dejé de desear esto cuando se convirtió en algo más oscuro que nuestros cuerpos haciéndose uno.

Esto era él consumiéndome.

Veinte minutos después de mi corta charla con Dan, nos detenemos en Longparish para llenar el tanque de la gasolina. Mientras Dan lo hace, Margaret va por provisiones y yo voy al baño. Ninguno de los tres ha dicho una palabra con respecto a Dean, o cualquier tema en general. Supe que Maggie, despertó solo porque dejó de roncar. En el servicio hago pis en uno de los cubículos y luego me planto frente al espejo. Estoy usando de nuevo ropa deportiva dos tallas más grandes y zapatillas. Mi cabello vuelve a estar amarrado en una coleta en la cima de mi cabeza. Las ojeras bajo mis ojos se han reducido tan solo un poco, pero ahí están. Creo que, aunque estuviera rodeada de Dans y Liams dispuestos a entregar su vida por mí protegiéndome, permanecerían allí hasta que Dean, aparezca y sea de alguna forma, retenido lejos de mí. Lavo mi rostro y manos con abundante agua y jabón, intentando borrar el miedo de mis facciones, pero solo logro hacer que mis mejillas enrojezcan y mi piel se vuelva sensible.

También logran darle la oportunidad perfecta a mi captor para tomarme por sorpresa. Grito, lucho, pataleo, incluso logro golpear su estómago con mi codo, logrando que se doble en dos, pero solo consigo enfurecerlo más y que su trato sea más rudo. Halando mi cabello con fuerza, me echa hacia atrás y

luego hacia adelante. Mi frente impacta contra las baldosas del lavado y luego todo se vuelve oscuro.

Y sé, en la inconsciencia, que estoy perdida.



—Elizabeth no está — dice Dan apenas contesto el teléfono.

Mí. Puto. Mundo. Se. Detiene.

— ¡¿Cómo qué no está?!

—No está —gruñe—. Hicimos una parada en la estación de gasolina y fue al baño. No pensé que fuera peligroso. Nadie nos seguía, viejo, me aseguré de eso —hay una pausa en la que solo oigo su respiración pesada, porque sabe que la cagó y que lo mataré por eso, y los llantos de una mujer. Supongo que es Margaret. Él, me dijo que la estaba llevando con ellos para impedir que Dean, la usara en nuestra contra— lo siento —suelta finalmente.

— ¡Maldición! —golpeo fuertemente el escritorio frente al que estoy sentado. La madera se hunde donde impactó mi puño— ¡Esto es genial! ¡Simplemente genial! —Halo mi cabello— ¡El enfermo de mi hermano está en una cacería tras de ella y tú la dejas andar sola por la calle como si nada! ¡Te pagué una millonada para que la cuidaras, Dan!

—No la dejé andar sola por la calle. ¡La dejé ir sola al baño!

— ¡Preferiría que la hubieras acompañado!

— ¡Me habrías matado si lo hubiera hecho!

Gruño. Eso es cierto.

— ¡Pero Ellie no estaría en manos de un retorcido psicópata! —Grito en medio de la desesperación que me produce imaginar a Elizabeth como rehén de Dean— Joder... —presiono el puente de mi nariz. Mi cabeza da vueltas. Lo único en lo que puedo pensar es en Ellie, tan delicada y vulnerable, ante mi hermano— ¿Dónde estás?

—Revisando las cintas de vídeo en el hotel.

—Voy para allá.

Cuelgo sin esperar respuesta. Tomo mi abrigo y salgo del viejo estudio de papá. Lo cuelgo de mi brazo en vez de ponérmelo porque ya no lo necesito. No siento frío alguno. El infierno se ha desatado. Una vez dejé que Dean, me quitara lo que más quería, no lo haré dos veces.

En esta ocasión Ellie será mía. Le guste o no.

A los dieciséis algunos chicos se obsesionan con el alcohol, mientras que otros lo hacen con el cigarro, la marihuana, la cocaína, la popularidad, los videojuegos, el sexo, entre otras drogas. Yo lo hice con Elizabeth, mi dulce vecina de al lado a la que no noté hasta que la vi fijándose en mi hermano. Algunos podrían decir que lo hice por resentimiento, pero no es verdad. Él solo fue el punto en común que nos unió. Lo que sí es verdad es que Dean no permitió que se acercara a mí por la satisfacción que sentía arrebatándome

cosas. Era su forma de vengarse por tener una vida aparte de la suya.

Desde pequeños solíamos hacer todos juntos. Jugar. Ir al parque. De compras. Vestirnos. Ducharnos. Comer. Dormir. Incluso teníamos los mismos peinados y la misma ropa. En ocasiones más siniestras hablábamos al mismo tiempo, pero era él imitándome, porque siempre había sido bueno adivinando y analizando a las personas, me conocía demasiado bien, y yo hablando.

— ¿Has visto a la hija del calvo de al lado? —preguntó un día en el que estamos fumando esencia de uva fresca en nuestro narguile de doble manguera. Sí. También fumábamos juntos— Es dos años menor, creo, no se ha terminado de desarrollar, pero está buena. Es linda. La he atrapado un par de veces mirándome. Quizás la invite a salir. Lo que le falte de tetas, lo compensará con un pequeño coño apretado. Sé que es virgen porque se sonroja cada maldita vez que la veo.

—No deberías hablar así de las mujeres, Dean —le dije.

No tenía idea de quién era la vecina, pero lo mejor para la chica era que Dean, se mantuviera lo más lejos posible de ella.

— ¿Por qué no? —libera el humo lentamente formando anillos. Es una mierda haciéndolo, pero no se cansa de intentarlo— A ellas les gusta.

—No a todas.

— ¿A cuál no? —ríe— Liam, tú más que nadie sabe lo fácil que es para nosotros conseguir un polvo. Todas las chicas en la escuela esperan *la señal*.

— ¿La señal? —pregunto.

—Sí. La señal —asiente riendo—. Una mirada. Una sonrisa. Algo que les avise que su coño está a punto de ser destruido, sin marcha atrás, por uno de nosotros. La forma en la que nos miran no es normal.

—Supongo que tiene que ver con el hecho de que somos gemelos —me encojo de hombros—. Nos parecemos mucho más que los comunes, lo sabes. Deberías etiquetarnos como monstruos y no como, latin lovers, hermano.

—Deberíamos juntarnos ambos con una de ellas. Estoy seguro como el infierno de que la destruiríamos —ignora mi comentario. Sus ojos brillan con una emoción que conozco muy bien—. La vecina, Elizabeth, creo que se llama la zorrilla, está bien. Es bonita. Inocente. Influenciable —bebe un trago de su cerveza—. Creo que podemos manejarla.

—No creo que deberíamos.

—Yo sí —dice y, al instante, lo siento por Elizabeth.

Una vez una idea se ha instalado en la cabeza de Dean, no hay nada que pueda pararlo. De primera mano sé lo que es capaz de hacer para conseguir lo que quiere. Entre esas cosas está manipular, chantajear y jugar sucio. Lo sé porque he renunciado a muchas cosas a lo largo de mi vida para evitar que Dean, vuelque esas capacidades en mí. Entre ellas renunciar a cada maldita cosa que yo sé que he visto primero, pero que de la nada él, desea con todo su maldito ser, incluso cada mínima estupidez, como por ejemplo una camisa favorita en la tienda de la que solo queda una de nuestra talla y que yo haya seleccionado para medirme. El gran detalle, en este caso en particular, es que esta vez él sí la vio primero.

Y yo soy quién no va a permitir que la tenga.

Los días siguientes al inicio del estúpido plan de Dean de seducir a nuestra vecina, intento ignorarlo y a la punzada de culpa que me ocasiona pensar en lo que podría hacerle a la chica si pone sus manos en ellas. Sé que, independientemente de si lo ayudo o no, lo hará. Nunca me ha necesitado para llenarse las manos de mierda, pero sí para ensuciarse. No la conozco a ella. No me importa lo que pueda pasarle en lo absoluto, pero sí cómo me sentiré después. Culpable. Como si hubiera podido hacer más que quedarme sentado viendo como Dean, destruye todo lo que toca.

O eso es lo que pienso hasta que la conozco.

La veo por primera vez cuando es enviada de su casa a la nuestra con una taza vacía. Está usando un jean ajustado que hace que mi polla salte dentro de mi pantalón por lo bien que se ajusta a sus estilizadas piernas. Su camisa también es pequeña y ceñida, dejando ver su ombligo, lo que hace que me pregunte si quiere ser vista o si solo disfruta siendo estrangulada por su propia ropa. El asunto es que me encanta cómo se ve. Su cabello marrón se balancea con cada paso que da. Es largo. Le llega hasta la cintura. Mis dedos hormiguean por las ganas de tocarlo. Me despego de la ventana en la que estaba apoyado en el segundo piso, que da hacia la calle, y me dirijo a las escaleras para estar abajo cuando el timbre suene. Cuando lo hace espero medio minuto antes de abrir. No quiero lucir desesperado.

—Hey —dice cuando le doy vuelta a la manija.

Sus mejillas están rosadas. Sus ojos verdes son grandes. Están enmarcados por gruesas y largas pestañas que se estrellan contra sus parpados y mejillas cuando cierra y abre los ojos. No puedo quitarle mi atención.

Dean tenía razón. La chica grita *inocencia*.

—Hola —digo— ¿Se te ofrece algo?

El rojo en su piel aumenta de intensidad. Relamo mis labios, lo que al parecer solo la pone nerviosa porque empieza a balancearse sobre sus pies y a esconder mechones de cabello castaño oscuro tras sus orejas. De nuevo, mis dedos pican queriendo hacerlo. Es tan linda.

—Mmmh, sí, no quería molestar, pero mamá me envió a pedir una taza de azúcar. —agita la taza de corazones para que la vea. No le pongo puta atención. Sus ojos me tienen enamorado— ¿Podrías darme una taza?

—Claro —la tomo de su mano con toda la intención de que nuestros dedos se rocen.

Ellie pega un saltito cuando lo hacen. Los suyos son tan suaves. Lamentando no poder tener más de su piel de bebé, rápidamente me doy la vuelta y voy a la cocina. Nunca entro aquí a menos que sea por golosinas porque mamá se ha apoderado de este lugar, por lo que entro en crisis cuando casi no consigo el azúcar. Eventualmente la hallo en la nevera. Sirvo la taza y salgo. Sigue esperándome nerviosa en el umbral, para cuando regreso, esta vez jugando con sus manos mientras examina el interior de la casa. Le echo un vistazo a la sala y suspiro con alivio cuando veo que no está hecha un desastre. Dean y yo, anoche tuvimos una fiesta con los chicos populares de la escuela. Cuando me desperté esta mañana, las botellas seguían esparcidas por el suelo. Imagino que Marta, la ama de llaves, salvó nuestro pellejo otra vez.

—Aquí tienes— se la entrego. Me doy cuenta, cuando se la entrego, que sus dedos tiemblan. Una sonrisa se extiende en mi rostro —. Soy Dean, por cierto.

Su nombre sale de mis labios sin poder evitarlo. Es él, a quién quiere. Sus mejillas se sonrojan más, confirmándomelo.

—Soy Elizabeth —se presenta —. Gracias por el azúcar.

—Cuando quieras.

—Yo... —inhala profundamente— Me voy.

Río.

—Adelante. Nos veremos por allí.

—Sí... — dice — Supongo que sí.

Sonriendo como un imbécil, la veo marchar.

Meses después del primer contacto con nuestros vecinos, estos empiezan a hacerse amigos de nuestros padres, frustrando por completo los planes de Dean, de obtener a Elizabeth. El idiota es hombre para joder a los demás, pero no para asumir las consecuencias. No es estúpido y se ha dado cuenta de la forma en la que su padre lo mira, como si quisiera acabar con él, por cómo él, a su vez, mira a su niñita. Su madre también tiene un destello de malestar en su mirada cada vez que se acerca a Ellie. A mí me parece más que perfecto que quieran mantenerla alejada de él. La chica no merece involucrarse con Dean. Es demasiado dulce. Demasiado delicada. Demasiado hermosa. Femenina.

Perfecta, es la palabra.

Así que no entiendo cómo un maldito imbécil, que no tiene ninguna de las lagunas mentales de Dan, podría hacerle daño a posta. Un día en la escuela que debió terminar como cualquier otro, acaba con mi puño estrechándose una

y otra vez contra el chico con el que la he visto salir o estar por los alrededores de la escuela. Nunca me molestó verlo con ella, todo lo contrario, ya que a lejos se notaba que no le agradaba su compañía, y porque se supone que no debía molestarme. La idea es mantenerla alejada de Dean. Sí, la quiero para mí, inmediatamente sus ganas de ella se triplicarán. Después de sacar la mierda del idiota de su novio, la llevo a casa y me hago cargo de sus heridas porque es lo que siento que debo hacer. Estar en un espacio tan estrecho con ella, como es el baño de su casa, sin embargo, hace que mis neuronas colapsen. Huyo como un maldito cobarde antes de hacer algo de lo que me arrepienta luego, como malditamente corregirla y decirle que soy Liam, no Dean.

Llego a Eco Palace, el hotel en el que están quedándose, un pequeño edificio ecológico situado en medio de la nada, en diez minutos. La recepcionista guiña un ojo en mi dirección cuando paso junto a ella. Ni siquiera le sonrío. Subo por las escaleras sin sentir nada en lo absoluto por el gesto por el que me he llevado a más de una a la cama. Cuando llego a su habitación, la número veintitrés, toco hasta que Dan, abre. Mi frente se arruga y mis puños se forman al ver a Margaret cubriendo su desnudez con una sábana.

Esto lo explica todo.

— ¡Dejaste que se llevaran a Ellie por andar tras sus faldas para poder follarla! —Lo sujeto por el cuello de su camisa. Su cuerpo suena cuando es estrellado contra la pared. Sé que si quisiera podría matarme, pero es mi amigo y sabe que malditamente la ha cagado permitiendo que Dean, la tocara.

Dan se deja golpear el rostro un par de veces antes de bloquearme y separarme con un empujón— ¡Tú! —señalo a Margaret, cuyos ojos están llenos de lágrimas y rímel cae en chorros de sus ojos. Luce desconsolada, pero me importa una mierda. Esto es culpa de ella también —. ¡¿Qué clase de amiga de mierda eres?! ¡Elizabeth fue secuestrada por culpa del maldito Dean y ustedes han estado follando! ¡Estoy seguro de que ni siquiera llamaron a la policía!

Dan bufá.

—La policía ya abrió el caso. La zona fue examinada. Recogimos toda la evidencia existente. Huellas. Cabello. Incluso algunas gotas de sangre...— Palidezco. Con esto que me acaba de decir se reafirma mi deseo, no, mi necesidad, de actuar aquí y ahora. Mataré a cada ser que respire que se atraviere en mi camino hacia Elizabeth. Así de simple— Pero no lo suficiente para que sea algo grave. —Me aleja de Margaret. No la conozco hasta hoy, pero no me cae muy bien. Si alguno de mis amigos estuviera perdido, haría lo posible por ayudarlo, no me acostaría con la persona que supuestamente está encontrándolo, interrumpiendo cualquier posible avance— Liam, Elizabeth desapareció hace tres horas.

Veo rojo.

No puede estar hablando en serio.

— ¡¿Y cómo es que hasta ahora decidieron decírmelo?! ¡¿Están mal de la cabeza?! —golpeo la pared. Mi puño arde, pero no tanto como mi garganta y, definitivamente, no tanto como lo hace el vacío en mi pecho— ¡¿Qué les llevó tanto tiempo, joder?!

—Sabríamos que te pondrías así, todo loco y enfermo por rescatarla, y no ayudarías —dice Dan, con expresión plana.

Seguramente está acostumbrado a manejar este tipo de situaciones, pero como el infierno que yo lo estoy. Mientras hablamos Ellie, podría estar sufriendo. La idea de que ella lo haga me desconsuela por completo. No, mejor dicho, me lleva a la misma zona oscura de la que he estado escapando toda mi vida. La misma donde Dean habita. Con ganas de matarlo a él, el verdadero culpable, y no a las dos personas frente a mí que solo han cometido el error de ser imbéciles, froto mi sien.

— ¿Me explican con detalle qué demonios pasó?

Dan asiente. Margaret, ahora vestida con una de sus camisas, sostiene una bolsa de hielo contra su ojo. Ver el hematoma que se está formando a su alrededor no me hace sentir mejor, pero tampoco peor. El maldito, lo merecía. No morir como Dean, o algo peor, pero sí algún tipo de pago por permitir que se llevaran a Ellie.

—Estábamos en la gasolinera en Longparish. Margaret, fue a buscar provisiones y yo llené el tanque mientras Ellie, iba al baño. Solo le di cinco minutos, Liam —hace una mueca—. Luego, fui a buscarla y, ¡pff! Había desaparecido por completo de la faz de la tierra. Entonces llamé a Jackson, mandó una patrulla, hicieron el cateo y revisaron las cintas de vigilancia. No saben qué pasó dentro del aseo, pero fuera vieron a Dean, montándola en una SUV.

Me enderezo.

— ¿A qué te refieres con montándola? ¿No caminaba por sí misma? —mi corazón se detiene ante su silencio. Eso y la sangre suenan demasiado mal para mí. Ellie podría estar... podría estar, herida de gravedad o... peor. Muerta. Esta idea me jode por completo, arruinando todos los planes que tenía para el futuro en cuestión de segundos— ¡Te voy a matar! —Me estoy abalanzando sobre él cuando Margaret me detiene gritando.

— ¡Y los vieron una segunda vez!

— ¿Qué? ¿Dónde?

Yo mismo me desconcierto con lo desesperado que sueno, pero a final de cuentas es de la vida de mi chica de la que hablamos. De la mujer que siempre quise que llevara a mis hijos en su vientre y con quién deseo compartir otros sueños, por más cursis que sean y por más marica que eso me haga. Estoy obsesionado con tener hijos con ella desde que empecé a verla como una mujer y no como niña, sus curvas antes que su maldita linda sonrisa, todo lo contrario a lo que debería sentir siendo hombre. Debería estar asustado como la mierda ante ese tipo de comportamiento, pero no. Después de andar de flor en flor, lo único que quiero es asentarme y la única con la que me veo haciéndolo es con ella. Asocio esto al hecho de que siempre nuestro contacto fue familiar debido a la relación de vecinos que solíamos tener.

—Siguieron su rastro hasta Brístol, pero no sabemos qué hay allá —dice—. Eso solo lo supimos hace minutos, cuando Dan te llamó. Queremos saber si conoces alguna posible dirección. Debes intentar recordar.

Me enderezo. ¿Brístol?

Por supuesto que se me ocurre un sitio.

Dean, jodidamente está llevando a Ellie a la granja de nuestros tíos. Está abandonada y a la venta desde hace años, pero desgraciadamente sigue siendo nuestra y, al parecer, su lugar favorito en todo el mundo. Tiemblo recordando el tipo de cosas en las que me obligaba a ser su cómplice desde niño. Entre ellas cazar y sacarle la piel a algunas especies para adornar nuestra habitación allá.

Pobres animales. Aún tengo jodidas pesadillas.

—Sí —le lanzo sus pantalones a Dan—. Vamos.

— ¡¿Qué?! —Pregunta Margaret cuando uno de mis mejores amigos comienza a vestirse— Deberían informar a la policía. Que ustedes vayan es muy arriesgado.

—La policía no tiene un avión —grazno—. Son dos malditas horas desde Bristol a la granja. Tenemos que ir por aire si queremos llegar antes que ellos.

—Bien... —su barbilla se alza— Iré con ustedes.

—No —decimos Dan y yo a la vez.

—Sí. Elizabeth es mi amiga y le debo un par de patadas en las bolas a ese imbécil —grazna dándose la vuelta y desapareciendo en el baño.

Aprovechando que nos ha dejado solos, miro a Dan.

—Esto es tú jodida culpa. No estás perdonado hasta que la tengamos de regreso. Si algo le sucede, puedes considerar nuestra amistad terminada.

Traga. Es la primera vez que lo veo afectado por algo. Desde que nos hicimos amigos, solía ser el jefe de la gestión de seguridad del resort, ha sido un tempano de hielo, lo que es entendible cuando tu esposa e hijos fueron asesinados por un grupo terrorista que iban contra ti, y no contra ellos. Es por ello mismo que él, más que nadie, debería entenderme ahora. Dean, no es el ISIS, pero igualmente está cobrándome a través de ella. Y Elizabeth no es mi esposa y aún no hemos tenido hijos, pero es la mujer que quiero para ello.

Es ella o nadie, así lo decidí una vez la vi.

—Lo sé —dice.



Mis párpados se sienten pesados. Una vez despierto, me toma al menos cinco intentos abrirlos por completo y alrededor de un segundo darme cuenta de que estoy atada. Empiezo a respirar con dificultad mientras me pongo en situación. Recuerdo estar en el baño. Recuerdo lavarme la cara. Recuerdo sentir su mano cubriendo mi rostro. La lucha. El golpe que le dio fin a todo. Las sensaciones que experimenté: miedo, terror, pánico, ansiedad, ganas de matar a mi captor.

Sobre todo, miedo.

—Dean... —gimo— ¡Dean, sácame de aquí! —Estoy sobre una superficie suave que, por el roce de la tela contra mi espalda, debe ser un colchón desnudo. Tanto mis pies como mis manos están inmovilizados con cuerda —. ¡Prometo no decir nada si me dejas ir! —Mis ojos están llenos de lágrimas— Sé que necesitas ayuda. La conseguiré para ti en lugar de enviarte a una fría celda, ¡solo no hagas algo de lo que te podrías arrepentir o de lo que no puedas huir después!

Su risa eriza los vellos de mi cuerpo.

— ¿Por qué todos dicen lo mismo? —Pregunta mientras se acerca al borde de la cama— Dicen, *no diré nada*, esperando que su secuestrador los deje ir, pero no es más que una vil mentira. —chillo al sentir sus dedos haciéndome cosquillas en los pies. Me retuerzo, riendo y llorando, mientras habla —. Eres

tan linda cuando sufres, Ellie. Es una lástima que te hayas dejado manchar por Liam —sollozo cuando clava sus uñas en las plantas de mis pies—. Todos estos años se han ido a la mierda porque no puedes dejar de mojar tus bragas cuando lo miras, *maldita puta* —mis lamentos suben de nivel al sentir un objeto afilado, frío, delinear la planta de mi pie. Un vistazo hacia abajo me enseña el brillo de una navaja—. Debería asesinarlos a ambos por traicionarme, pero contigo bastará.

—Yo... yo... tú... —me retuerzo intentando escapar de la presión del objeto afilado sobre mi sensible carne— ¡Me mentiste! ¡Tú me traicionaste primero! —Elevo mi voz lo más que puedo. Me niego a dejarlo quebrarme tan rápido—. ¡Te hiciste pasar por Liam! ¡Te burlaste de mí todo este tiempo!

Se separa en estado de shock. Creo que ira era un sentimiento que no esperaba causar en mí.

—Ellie... —su rostro se arruga, agriándose, varias veces seguidas. Cuando termina la expresión asesina en su cara ha cambiado por una suave— Princesa, sé que es difícil de entender, pero era la única forma que tenía de tenerte una vez te enamoraste de él —me estremezco cuando siento sus labios sobre mis tobillos. Una vez me proporcionaron calidez, ahora solo me hacen sentir frío. Y no cualquier tipo de frío. Es un frío helado que quema hasta el último de mis nervios—. No podía deshacerme de Liam, es mi hermano, así que conseguí alejarlo para que fuéramos felices. —Acaricia mi mejilla con suavidad—. Recuerda que siempre me quisiste a mí, Elizabeth, no a él. Tus ojos se fijaron primero en mí que en Liam.

Lo miro. Por primera vez desde que abrí los ojos, lo miro bien y lo que encuentro hace que mi garganta se seque. Dean, solía ser incluso más grueso que Liam. Ahora está más delgado. Los círculos en mis ojos, esos de los cuales me quejaba, palidecen en contraste con los que hay bajo los suyos. Está

usando un polo que solía quedarle ajustado y un pantalón caqui, nada que llame la atención, que también le quedan holgados. Me agito, solo consiguiendo lastimar mis muñecas, porque ahora su apariencia física refleja lo podrido que está su interior. Ahora hay un cartel de advertencia para que las demás personas se mantengan alejadas.

Y, no por primera vez, me pregunto por qué no noté a Liam.

—Dean... ¿qué ha pasado contigo?

— ¿Qué ha pasado conmigo? —la risa irónica vuelve, la máscara de hombre herido desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos. Si fuera psicóloga lo diagnosticaría con un trastorno de personalidad severo. Supongo que después de años de fingir ser otra persona, secuelas debieron quedar.

— Me dejas y te vas corriendo a otro continente solo para follártelo, ¿y yo soy el del problema?

—No sabía que Liam estaría allí —le digo, ya que no puedo negar el hecho de que follamos. Olería la mentira en mi voz y sospecho que eso solo lo enojaría más.

— Te juro que no lo sabía.

Aprieta los labios.

—Ya. Está bien —su expresión se suaviza de nuevo —. Hablarás con el tiempo, Ellie. Dirás todos tus pecados —dice y, dándose media vuelta, se marcha por la única puerta que veo en toda la sala.

Mi única vía de escape. El resto de las paredes están vacías.

Una vez me atrapa mirándolo fijamente, Dean, desaparece. El alivio no dura demasiado. Reaparece cinco minutos después llevando una especie de vara de bambú consigo. Tiemblo. La mirada en sus ojos me dice que nada de lo que tenga planeado hacer con ella puede ser bueno. Todo mi cuerpo tiembla a medida que se acerca a mí con ella, la expresión psicópata en su rostro.

—Por favor...— ruego.

—Esto es para que aprendas a ser una buena chica —dice antes de asentar el primer golpe justo sobre mis pechos. El dolor que siento al ser torturada de esta forma tan inhumana en una de mis zonas más sensibles me hace girar los ojos y ahogarme en mi propio grito mientras me alejo de la vara —. No te muevas Elizabeth, si lo haces, no podré hacerlo más fácil para ti.

—Azotarme nunca será fácil para mí — consigo decir.

En vez de llegar a su corazón con el reproche de los cuatro años que aguanté a su lado sufriendo abusos similares, pero menos drásticos, solo enciendo un chispazo de mórbida fascinación que creo que tiene que ver con el hecho de reencontrar a la víctima con el captor y que este descubra que todo este tiempo esta no ha podido superarlo. Es como encender el mechón de una vela que no se consumió por completo. En lugar de detenerse, dirige los golpes hacia otras zonas de mi cuerpo que no sabía que podrían doler tanto.

— ¡Dios!, Ellie, odio lo que me obligas a hacer —susurra con fingida culpa mientras pasa sus dedos por las zonas de mi cuerpo en las que ya se están formando hematomas.

— ¡Entonces no lo hagas! —Lloro halando las cuerdas que mantienen prisioneras mis muñecas— ¡No me golpees más, Dean, por favor!

Limpia mis lágrimas con su dedo.

—Es por tu bien, cariño, así aprendes a quién perteneces.

Mi llanto de dolor se convierte en llanto de humillación cuando sumerge ese mismo dedo dentro de la cinturilla de mis pantalones. Me retuerzo intentando escapar de su toque, pero esto solo lo insta a meter su dedo más profundo dentro de mis bragas de algodón y, después, dentro de mí. Este es recibido por piel seca. No hay forma en el mundo en el que esté mojada por esto.

— ¡Joder!, Ellie, tendré que castigarte. Sabes lo mucho que me gusta que estés mojada para mí —sus ojos sádicos se enfocan en mi entrepierna. Por fortuna no decide azotarme allí —. Tendremos que corregir eso si la intención es que logres que te acepte de nuevo de regreso, ¿no crees?

Mis sollozos se hacen más fuertes.

Lo único por lo que le gusta es porque después puede castigarme por estarlo sin su permiso. Dean, lo retira y lo lleva a sus propios labios, chupándolos frente a mí. Cierro los ojos cuando alza la mano con la vara de bambú entre sus dedos, y el dolor vuelve auparme. Echo mi cabeza hacia atrás cuando la vara lastima mis pezones. Diez golpes después sobre ellos me desmayo, pero aún así, continúa golpeándome hasta que se cansa de hacerlo. Lo sé porque cuando despierto sigue haciéndolo, el sudor recorre mi frente, solo que mi cuerpo está tan entumecido que ya no duele.

— ¿Quién soy? —Preguntan, sus labios presionados contra mi mejilla— ¿Cuál es mi nombre? —exige con voz plana, carente de emoción, cuando no consigo la fuerza necesaria para responder a su pregunta.

Sus dedos apretados sobre mis costillas, solo hacen que estremezca. Tengo un jardín de hematomas por todo mi cuerpo. Dean, se ha divertido usando un montón de instrumentos sobre mí. La vara de bambú solo fue el comienzo. Luego vino la fusta. El látigo. El cinturón. Tiemblo con miedo al recordar la mordedura de la hebilla contra mi piel, a veces mordiéndola y arrancando trocitos de ella. Seguro, terminaré con decenas de cicatrices alrededor de todo mi cuerpo. Haga lo que haga, estaré marcada de por vida. Lo llevaré a todas partes por más que quiera deshacerme de él, lo cual no tiene nada que ver con Liam y el parecido entre ellos. Nunca he podido superarlo porque es él quién no lo permite.

Pero ya no más.

—Dean —me rebelo contra sus órdenes —. Tu nombre es Dean, no Liam, ¡tú nunca serás nada más que una basura a su lado!

Casi al instante en el que las palabras salen de mi boca, me arrepiento de haberlas dicho. La adrenalina de la rebelión dura hasta que se abalanza sobre mí y su mano cruza mi rostro de izquierda a derecha, sumiéndome en la nada nuevamente.

Estoy tan rodeada de oscuridad que mis ojos se abren ante cualquier estímulo de luz. Una sensación de ligereza, como si flotara entre nubes, ha tomado control sobre de mi cuerpo. Me hago bola, pinchazos de placer recorriendo mis nervios cuando mi piel desnuda se presiona contra la nueva sábana debajo de mí, al darme cuenta de que no me encuentro atada de ninguna forma. Lo gracioso del asunto es que, aunque no lo estoy, no consigo siquiera moverme. Hay arcoíris y puntos brillantes por toda la habitación. Dean, prometió llevarme del infierno al paraíso cuando consiguió sodomizarme con su dedo hace... hace no sé, ¿minutos? ¿Horas? ¿Días?

Gimo, abrazándome a mis piernas, escondiendo el rostro en la almohada. Sé que está en algún lugar mirándome y que, si no, la cámara que me apunta desde arriba lo está haciendo por él para que, cuando vuelva, le pueda echar el chisme de las cosas que he hecho en su ausencia y pueda castigarme por ello, así sea una de esas cosas el cambiar de posición sin su permiso o acercarme demasiado a la puerta cuando decide dejarme caminar con una cadena en el tobillo. Mi estómago suena, pinchazos destruyéndolo, pidiendo comida. Mastico en el aire producto de cualquiera que fuera la sustancia que metió en mí por vía anal. Sé que esto, ver arcoíris, no es normal.

Es ese pensamiento lo que me impulsa a tomar control sobre mí misma y a darme la vuelta, terminando boca arriba, para empezar a arrastrarme hacia la salida. Mi cabeza choca contra el suelo cuando caigo de mi nube, la cama, y mi piel chillaba cuando la paso por el suelo de madera. Los dedos de mis manos sangran porque estoy usando las uñas para impulsarme. Ruedo cuando no puedo más con el agudo dolor de las heridas siendo presionadas. No sé cómo terminé aquí, en la oscuridad, pero sé que no es culpa de Liam. Es Dean. . El gemelo malo. A veces los olvido o, producto de su tortura psicológica, los

confundo. Quiere que piense que él es Liam. Quiere que lo odie. En cada *castigo* me hace varias veces la misma pregunta, quién es, y debo decir que su hermano.

Mis manos viajan protectoramente a mi rostro, para protegerlo, cuando la puerta se abre. Estaba a centímetros de alcanzar la manija, pero cualquier deseo de escapar es ahogado por el instinto de supervivencia que predomina en mí al ver la expresión de Dean.

Le doy lo que quiere para hacerlo compadecerse de mí.

—Liam... —sollozo— Liam, por favor, no me golpees —. Trago, mi garganta seca, entre hipidos

— Tenía sed. Mucha sed. Tanta sed. Hambre. No... no he comido.

Sus ojos azules verdosos se suavizan. Lentamente se agacha junto a mí. La palidez de su piel me afirma que no es al que quiero, sino al que temo, así como el esfuerzo que hace al momento de cargar conmigo de regreso a la cama. Me cubre con una manta antes de desaparecer de nuevo, volviendo minutos después con una bandeja. Sobre ella está una botella de agua sin abrir que destapa para llevarla a mi boca y un sándwich. Una vez me ha dado de beber, me deja comer entre sus piernas mientras acaricia mi cabello. Lágrimas descienden por mis mejillas cada vez que me ahogo con un trocito de lechuga, no sé qué le sucede a mi cuerpo, sigo sin saber qué me dio, y tengo que soportar los golpecitos que le da a mi espalda. No tengo ropa. No sé precisamente en qué momento me despojó de ella para reírse de la humillación que este hecho me ocasionó, pero sé que desde hace mucho no siento el abrigo de una camisa o pantalones. Gracias a Dios, me dejó conservar mis bragas, a excepción de cuando me baña. Al principio lloraba cuando lo hacía, incontables sollozos salían desde lo más profundo de mi garganta, pero ahora solo permanezco en blanco, como una muñeca que puede ser manejada a

su antojo, mientras frota con dureza innecesaria mi piel. Ese ahora es el mínimo de mis problemas.

—Si eres buena, no tendré que castigarte, Ellie —presiona un beso sobre mi nuca desnuda. Mi pelo siempre está atado en una trenza de lado —. Lo único que quería era que dijeras mi nombre. Ahora que lo has hecho, puedes tener un respiro.

—Gracias —digo, lo que hace que me gane una palmadita.

Estoy familiarizada con esto, pero a la vez, no sé cuánto más pueda soportarlo antes de quebrarme y darle lo que quiere: mis trozos rotos para que pueda hacer conmigo lo que quiera.



Epilogo

Mucho jodido tiempo ha pasado desde que fuimos a la vieja casa de mis tíos, una pareja de ancianos que fallecieron hace unos años, primero ella y luego él de tristeza por su pérdida, y no encontramos absolutamente nada. Dan y yo, hemos estado trabajando en encontrar a Ellie desde entonces. Lo hacemos al cien por cien cuando arreglo mis asuntos con la policía para que se puedan concentrar en Dean y en encontrarla, cosa que el sargento Jackson hace tomándoselo muy personal. Sé que es porque, al igual que nosotros, prometió cuidarla. Eso es lo que más me tortura por las noches. Todos nosotros lo hicimos, incluso Margaret, y los tres le fallamos. Sus padres, una vez descubren su desaparición, organizan rondas de búsqueda por el pueblo en el caso de que a Dean se le hubiera ocurrido distraernos con un falso rumbo solo para despistarnos. En lo que a mí concierne, tras haber puesto de cabeza medio Brístol buscándolos, pudo haberlo hecho.

De los dos, es su padre el que no tiene consuelo, pero a favor de Ellie, la pareja enfoca todas sus energías, positivas y negativas, intentando hallarla. Sé lo que sienten. Sé lo que es que el miedo no te deje dormir por las noches porque lo único en lo que piensas es, si la persona que amas está bien. Mi peor miedo es no encontrarla en absoluto o haberla perdido para cuando lo haga, lo que me destruirá y definitivamente llevará a posicionarme arriba de

Dean, en la pirámide alimenticia solo para acabar con él como un depredador de depredadores.

—Ella estará bien —me promete Paolo, sentado junto a Dan, dejado su *PC* por un instante. No ha hecho más que intentar dar con la placa del SUV de Dean, desde que llegó de la isla un par de días atrás. Su profesión para todo el mundo es la de fotógrafo, pero es más que eso. Es un maldito investigador privado que contraté para hallarla a ella y a Dean, un par de años atrás. También el abogado que se suponía debía ayudarme con el asunto del cambio de identidades.

—Es una chica ruda, Liam. Sea lo que sea que Dean tiene preparado para ella, saldrá de ello con nuestra ayuda.

—Dean, es un maldito— murmuro apretando mis manos en puños. En el momento en el que no la hallamos en la granja, Dan, me enseñó el expediente policial de Dean. En él, había denuncias de abuso hechas por Elizabeth, que después retiraba ella misma.

—Sé que cualquier cosa que esté haciéndole no es buena. Cuando hablamos por teléfono no sonaba feliz de que estuviera con ella.

Ese día, el día en el que Elizabeth descubrió quién era yo en realidad, había estado hablando con él, en la mañana a través del número telefónico que Paolo me dio. Para ese entonces, no sabía su implicación en el asesinato de nuestros padres o lo lejos que había llegado, desgraciadamente, por lo que un intento de razonamiento de mi parte se convirtió en la pólvora que estalló su locura después.

Me arrepentía tanto de haberla dejado ir en ese entonces.

—No, no lo es —dice Dan en acuerdo—. Pero no la subestimes. Si él le hacía todo lo que dice aquí... —apunta el expediente abandonado en la esquina.

Suelo leerlo todas las noches antes de dormir por dos razones: una, malditamente no puedo creer que Elizabeth haya salido de ello sola, dos: incrementa mi odio hacia Dean y me recuerda por qué debo seguir luchando por encontrarla —Es seguro para nosotros que lo más probable es que esté pasando alrededor de una mierda por nuestra maldita culpa, pero si alguien sabe cómo tratar con su locura, es Elizabeth.

—Por su bien, espero que no le haya tocado ni un pelo —tiemblo de ira. Sé que seguramente ha hecho más que eso. Seguramente la ha usado como un conejillo de indias. Por más que quiera tranquilizarme a mí mismo diciéndome que no, la verdad es que sé que lo hace. Lo conozco tan bien y él ha estado tan obsesionado con Elizabeth, durante mucho tiempo.

—Lo mataré, Dan. —Escondo el rostro entre mis palmas.

— Jodidamente lo mataré cuando lo vea. No importa que sea mi hermano.

—Lo haremos —me corrige Paolo. Dan asiente.

Bajo esa promesa, seguimos trabajando para encontrar a Ellie. Mientras el fotógrafo, lo hace revisando cada *puta* grabación a la que tenemos acceso en Bristol, entre ellos, semáforos que nos proporcionó Jackson. Dan, lo hace buscando alguna señal en los movimientos en las cuentas bancarias de Dean, en los últimos meses y yo, me entretengo conectando con las personas que estuvieron a su alrededor. Para eso tengo su antiguo navegador, también un regalo de Edward en el que ellos no hallaron nada, pero lo confiaron a mí para hacerlo, y una agenda de mesita de noche cuya mayoría de los números ya han sido marcados e interrogados.

Al cabo de dos horas solo quedamos Dan y yo. Paolo ha salido a conseguir más puntos de vista preguntando en las tiendas de cada calle si podría tener acceso a sus cintas, a veces dando algo de dinero por ello, por lo que nosotros

dos redoblamos nuestros esfuerzos para suplantarlos. Es entonces cuando marco un número sin nombre, trazado a lo rápido, colocado en una página al azar en la agenda.

—Buenas noches, Cabañas del Norte, ¿en qué lo podemos ayudar? —contesta una voz anciana.

—Soy el sargento Jackson del departamento de policía de Londres —miento.

—Llamaba para preguntar si hay alguna reservación a nombre de, Dean Jones — silencio. Coloco en altavoz para que Dan pueda oírlo también.

—Esto es una investigación policial relacionada con el secuestro de una chica. Es delgada, uno setenta, cabello rubio largo, piel ligeramente bronceada...

—No hay ninguna reservación bajo ese nombre, señor.

— ¿Seguro?

—Sí. No hay ninguna.

— ¿Ni ninguna chica rubia?

Cuelga. Ese es el incentivo que necesito.

Dan, al otro extremo de la mesa, se levanta al mismo tiempo que yo. Una mirada suya me confirma lo que pensé: el sujeto evidentemente estaba mintiendo y si actúa como cómplice de Dean, debemos darnos prisa. Corremos hacia la puerta y luego por el estacionamiento del hotel en que estamos alojados en Brístol hacia el Camaro gris que obtuve durante mi primera semana aquí. Acelero fuertemente siguiendo las instrucciones del GPS.

Por primera vez en meses siento esperanza.